

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA CLARA DE MONTEFALCO
AMOR Y PASIÓN**

LIMA – PERÚ

SANTA CLARA DE MONTEFALCO: AMOR Y PASIÓN

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente histórico
Vida en familia.
Primer reclusorio.
Segundo reclusorio.
El monasterio.
Muerte de Juana.
Clara abadesa.
El demonio
Dones sobrenaturales
a) Éxtasis. b) Bilocación.
c) Sanación de enfermos.
d) Resurrección de muertos.
e) Don de ciencia y discernimiento de espíritus.
Defensora de la fe.
Promotora de vocaciones.
La pasión del Señor.
Última enfermedad.
Las exequias.
Las señales de la pasión.
Proceso civil y religioso.
Milagros.
El convento.
Brillando como el sol.
Reflexiones.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos descubrir a los lectores las maravillas que Dios ha realizado en la vida de santa Clara de Montefalco.

En su vida podremos apreciar un gran espíritu de penitencia, como un medio de manifestar su amor a Jesús, sabiendo ofrecer todos sus sufrimientos por la salvación de los demás. Toda su vida estuvo llena de bendiciones de Dios. Los éxtasis eran continuos, el don de ciencia admiraba a los más sabios teólogos. Sus visiones y profecías dejaban atónitos a cuantos la conocían.

En resumen, su vida estuvo llena de sufrimientos y penitencias, pero a la vez llena de dones y bendiciones de Dios. Después de muerta, pudieron descubrir sus hermanas que tenía grabados en su corazón los símbolos de la pasión de Jesús, un fenómeno único en la historia. Con este milagro Dios quería ensalzar a su sierva que tanto lo amó y tanto sufrió por Él.

Ojalá que la lectura de su vida nos estimule a nosotros a vivir nuestra vida cristiana más plenamente y a creer más firmemente en las verdades de nuestra fe.

1.- A lo largo del texto citaremos con frecuencia a su primer biógrafo que comenzó la investigación sobre la vida de la santa a los pocos días de su muerte. Se trata del francés Berengario di Donadio, doctor en derecho civil y eclesiástico, vicario episcopal de Spoleto.

2.- También citaremos frecuentemente lo que dicen los testigos que la conocieron, de acuerdo al número de presentación de sus informes. Las citas están tomadas del libro *Il processo di canonizzazione di Chiara da Montefalco*, publicado por Enrico Menestò, Centro italiano de estudios sobre la Edad Media, Spoleto, 1991.

AMBIENTE HISTORICO

Montefalco es una ciudad de la Umbría italiana, que en tiempos de Clara tenía probablemente unos 2.000 habitantes. Anteriormente, se había llamado *Coccorone* y había estado bien amurallada para su defensa. A principios del siglo XIII, surgió fuera de las murallas el barrio llamado *Castellare* que crecería mucho con el correr de los años. Por ello, en 1244 se construyó otra muralla para proteger a la población del *Castellare* dentro de un único perímetro amurallado. Desde 1249 todo el conjunto empezó a llamarse *Montefalco*.

La ciudad se eleva sobre un monte a 475 metros sobre el nivel del mar. En tiempos de la santa, el municipio de Montefalco gozaba de una amplia autonomía. Contaba con estatutos propios y un pequeño ejército; recibía tributos de los comerciantes, de los molinos, hornos... Y administraba justicia civil y criminal. Políticamente dependía de la Santa Sede y de la autoridad de su representante el rector del Ducado de Spoleto. Montefalco era una ciudad güelfa (partidaria del Papa), mientras otras ciudades eran partidarias del emperador alemán y estaban contra el poder papal. Estas ciudades eran llamadas gibelinas. De ahí que, con frecuencia, Montefalco, ayudada por las güelfas Spoleto y Perugia, se veía envuelta en guerras políticas con la gibelina Foligno. En medio de estas tensiones, Clara tendrá que rezar muchas veces en su vida, para que se evite la guerra y se firme la paz.

El municipio de Montefalco había favorecido desde el principio a los agustinos, a quienes cedió en 1275 la iglesia parroquial de santa María del Popolo. En 1279 les concedió la iglesia de san Juan Bautista, que fue demolida para construir otra más amplia dedicada a San Agustín. También existía en la misma ciudad un convento de franciscanos.

En cuanto a conventos femeninos, existían los llamados reclusorios, que no eran propiamente conventos. Eran lugares de retiro para mujeres. Algo muy típico del siglo XIII en Italia. Eran casas aisladas donde se dedicaban especialmente a la oración y a la penitencia en un ambiente de silencio y soledad.

En Montefalco existían en tiempos de Clara cinco reclusorios: El de Benedicta, de santa Catalina, de las hijas de Feliciano, y el de Damián (que será el de nuestra santa). Estos cuatro fueron fundados al mismo tiempo, hacia 1268, cuando nacía santa Clara. Uno quinto, el de santa Iluminada, fue fundado hacia 1281. El de las hijas de Feliciano se unió más tarde al primero y quedaron constituidos en monasterio oficialmente en 1284 bajo la regla de san Benito. El de santa Catalina se unió al de Damián, que en 1291 fue constituido oficialmente

en monasterio bajo la regla de san Agustín; y el de santa Iluminada también fue constituido en monasterio en 1301 bajo la regla de san Agustín.

En cuanto a iglesias de la ciudad, además de las nombradas santa María del Popolo y de san Agustín, estaba la iglesia de santa Clara (de Asís), de san Francisco, de san Fortunato, de santa Lucía, de san Leonardo, de santa Iluminada y de san Bartolomé.

El ambiente espiritual era bueno, pero surgieron una serie de movimientos espirituales que falsificaron la auténtica fe y llevaron a extravagancias y graves errores. Uno de estos movimientos fue el de los flagelantes, que promovían la conversión con grandes penitencias. Iban por las ciudades con el torso desnudo, golpeándose la espalda, como si la salvación dependiera exclusivamente de hacer penitencia y no de amar a Dios y a los demás. Otros movimientos parecidos que recalcan mucho la penitencia y la pobreza absoluta y que cayeron en la herejía o en graves excesos fueron los fraticelli (frailecillos), los humillados o los del espíritu de libertad, del que hablaremos después.

Clara fue un instrumento de la providencia para defender la fe católica y desenmascarar a muchos de estos herejes, que bajo capa de espiritualidad, querían engañar a sus religiosas y sacarlas del convento.

VIDA EN FAMILIA

El abuelo de Clara se llamaba Santiago y era apodado el *Vengente*. Era un hombre muy hábil para los negocios y consiguió un buen patrimonio familiar. Sus tres hijos, Simón, Viviano y Damián, mantuvieron durante mucho tiempo la unión de los bienes paternos para evitar tasas y otros inconvenientes. Damián, el hijo menor, había nacido entre 1220 y 1225. Contrajo matrimonio con Jacoba Falcone. En 1251 tuvieron a Juana y en 1268 a nuestra santa.

En 1272 llegó al mundo Francisco. Parece que sus padres eran devotos de san Francisco de Asís y de santa Clara de Asís que habían muerto en 1226 y en 1253 respectivamente, y cuya fama se había extendido por toda Italia. En 1273 nació Teodorica, que murió siendo muy niña.

Sor Marina, en el proceso de canonización, afirmó que había oído decir a Juana y Clara que su padre era un hombre bueno y de buena vida¹. Su madre, al quedar viuda, entró con sus hijas en el reclusorio, donde murió. Sus padres se

¹ Menestò Enrico, *Il processo di canonizzazione di Chiara da Montefalco*, Spoleto, 1991; testigo 38, p. 100.

dedicaban al cultivo de trigo y de olivos para vender harina y el aceite para la comida, para las lámparas y para hacer ungüentos.

Clara fue bautizada en la iglesia de San Fortunato, la principal iglesia de Montefalco. Desde muy niña se manifestó en ella un profundo deseo de amar a Dios. Cuando tenía 4 años se retiraba en algún lugar de la casa paterna y repetía muchas veces las oraciones (padrenuestro y avemaría) que entonces sabía².

Con frecuencia, acompañada de su madre, iba a la iglesia de san Juan Bautista del Castellare, que estaba muy cerca de su casa. Santiago de Ugolino afirma que siendo Clara de cinco o seis años, la vio ir sola al reclusorio de su hermana. *Un día, estando él con su madre, la vio coger cardos punzantes de los castaños y se golpeaba con ellos en el pecho, invocando la misericordia de Dios. Y esto dice que lo vio en varias ocasiones*³.

Cuando todavía no tenía los seis años, iba a veces a visitar a su hermana al reclusorio ella sola. Y, cuando iba por el camino, se le presentaba un demonio con la cara tapada bajo forma de mujer cerca de la puerta de cierta casa y le infundía mucho temor. Pero Clara tenía tanto deseo de ir a ver a su hermana que seguía por el camino, y el demonio retrocedía y entraba en la casa. Una vez, oyó una voz que le dijo que él la quería matar como a su hermana Teodorica⁴.

Otra vez, se le presentó el demonio bajo la forma de su hermana Juana. Estaba en su casa, queriendo entrar definitivamente al reclusorio de su hermana, con sus seis años, y creyó ver a su hermana Juana que le decía: *Clara mía, por amor de Dios debo decirte algo que hasta ahora te he ocultado. El capricho que tú tienes de encerrarte conmigo es vano, tonto y temerario. Es vano, porque, no teniendo más de seis años, el obispo de Spoleto no te dará jamás licencia para entrar. Es tonto, porque tú crees encontrar en el reclusorio gustos y consolaciones y estás en un error. Te aseguro que en todo este tiempo en que he estado encerrada, no he tenido más que tribulaciones. Es temerario, porque tú no sabes que, si entras, deberás ayunar todos los días y sufrir todo lo que puede padecerse. Te confieso, hermana mía, que, si no fuera por el honor de la familia, no querría estar más tiempo encerrada. Ahora he venido a ti, a ocultar, para darte este sano consejo que otras veces no te he podido dar. Entonces, Clara se volvió al crucifijo y rezó para conocer su voluntad. De pronto, sintió una voz interna que le decía: “Vete mañana a ver a tu hermana y*

² Berengario di Donadio, *Vita di Chiara da Montefalco*, Ed. Città Nuova, Roma, 1991, p. 22; Proceso, testigo 39, p. 170.

³ Testigo 213, p. 493.

⁴ Sor Tomasa, testigo 39, p. 170.

sabrás mi voluntad". Al día siguiente, después de haberla oído atentamente, Juana la animó a entrar⁵.

Pero, si el diablo se le manifestaba siendo tan niña, también lo hacía el niño Jesús y la llenaba de felicidad. Hay un detalle que nos cuenta su mejor biógrafo Berengario di Donadio: *Siendo niña, mientras oraba, muchas veces se le aparecía la Virgen María con el niño Jesús bajo su manto. Jesús, aconsejado por su madre, se acercaba a Clara, la tomaba de la mano y la llenaba de inmensa alegría. Clara, que lo veía con sus propios ojos (al niño Jesús), quería cogerlo y jugar con él, pero el niño se escapaba volviéndose a su mamá y dejándola con un gran deseo de amarlo⁶.*

No es de extrañar que, con tanto amor a Jesús, quisiera dedicarle su vida y retirarse a vivir en soledad con su hermana.

PRIMER RECLUSORIO

A los veinte años, en 1271, Juana, la hermana mayor de Clara, se fue a vivir con su amiga Andrea al reclusorio que había construido su padre Damián, que quería la santidad de su hija, en un terreno que había comprado a un tal Perone di Chiara⁷. Este reclusorio estaba frente al hospital de los pobres del municipio, llamado de san Leonardo.

A Clara, por ser pequeñita, se le permitía entrar cuando iba con su madre. A veces, se quedaban a dormir allí, sobre todo, cuando Juana estaba enferma y la madre debía cuidarla. Cuando tenía ya cinco años o cumplidos los seis, ya le permitían ir sola. Ella, a pesar de los posibles peligros, sabía que su amigo Jesús la defendería y, cuando tenía miedo, hacía la señal de la cruz para defenderse del demonio. También, como hemos anotado, su amor a Jesús lo manifestaba desde entonces, dándose disciplinas (latigazos) en el pecho con cardos de los castaños.

Hacia 1274 Juana le pidió al obispo de Spoleto autorización para aceptar el reclusorio de modo estable y con todos los derechos y deberes. Se le concedió la autorización correspondiente y fue nombrada Juana como rectora oficial del reclusorio. Clara pidió entrar con el permiso de sus padres. El vicario episcopal tuvo sus dudas al principio, pero al fin aceptó la entrada de Clara y las bendijo a las tres, prometiéndoles asistencia espiritual.

⁵ Nessi Silvestro, *Le Colline della speranza, Chiara da Montefalco*, Ed. Edimond, Città di Castello, 1999, p. 10.

⁶ Berengario, o.c., p. 26.

⁷ Testigo 38, p. 99 y testigo 39, p. 170.

Sor Tomasa afirma que *su madre le enviaba algunas cosas cocidas o crudas para comer. Clara tenía mucha gula, mucho deseo de comerlas, pero se refrenaba y no las quería comer. Y tanto se controló que no le apetecía comer una cosa más que otra... Una vez, estando enferma, tuvo muchos deseos de comer una “casciata” (una torta típica del lugar) hecha a base de queso, huevos y tocino. Comió lo único que tenía, unas cortezas de pan. Y dijo que aquellas cortezas tenían el sabor de la mejor torta del mundo. Desde ese momento, decía que ya no le importaba comer una cosa u otra*⁸.

En esta oportunidad, parece que Dios quiso premiarle su mortificación y le dio al pan ese sabor especial como un regalo a tanto amor, pues todas sus mortificaciones y sacrificios eran sólo por amor. Eran como flores de amor que ofrecía con cariño a Jesús a quien veía de vez en cuando y quien le regalaba momentos de amor celestial con frecuentes raptos y éxtasis.

Sor Marina dice que un día, *siendo Clara todavía una niña (tendría unos 13 años) inclinó la cabeza y tuvo una visión. Clara, al volver en sí, le preguntó si había visto lo mismo que ella. La testigo le respondió: ¿Qué has visto? Y Clara le dijo que había visto a un niño hermosísimo. Esta testigo afirma que era el Señor. Y cree que Clara tenía tanta pureza, siendo jovencita, que creía que todas las personas veían lo que ella veía*⁹.

Clara entró al reclusorio con tan solo seis años y *fue tanta su alegría que durante una semana no comió más que una manzana y un pedazo de pan*¹⁰. Desde el principio, su afán de santidad la llevó a hacer muchas penitencias, de modo que su hermana Juana tuvo que frenar sus ímpetus.

Vivían muy pobremente. Llevaban una túnica de lana, medio marrón, atada con una cuerda; un manto para el frío, que se echaban encima al comulgar, y un velo para cubrir el rostro. Cada una tenía un látigo hecho de cuerdas o cuero o mallas de crines de caballo para golpearse y así poder ofrecer su dolor por amor a Jesús y conseguir la salvación de los pecadores.

El reclusorio era pequeño, tenía dos o tres salas y se comunicaba con el exterior por una ventana y una puerta. Aparte tenían una pequeña cabaña para retirarse a solas a orar en un extremo del terreno propio. Según su biógrafo

⁸ Testigo 39, p. 169.

⁹ Testigo 38, p. 128.

¹⁰ Berengario, o.c., p. 23.

Berengario, Clara *cada noche hacía normalmente mil genuflexiones, besando el suelo y extendiendo los brazos en cruz*¹¹.

Como no eran propiamente religiosas, no tenían votos, dependiendo directamente del obispo. Llevaban una vida estricta de silencio, oración y penitencia. Después de Completas, por la noche, había riguroso silencio hasta la mañana y sólo podía decirse *Alabado sea Dios*. En caso de emergencia, se tocaba un pequeño tamborcito para llamar la atención sobre alguna cosa de necesidad.

Hacían oración durante todo el día a distintas horas y también a medianoche. Observaban estrictamente las fiestas grandes de la Iglesia, especialmente, Navidad, Pascua de Resurrección y las fiestas de la Virgen¹².

Normalmente, nunca salían del monasterio ni siquiera para hacer caridad. Practicaban una pobreza total, no tenían ni pedían nada, viviendo de lo que espontáneamente les ofrecían, sobre todo sus propios familiares.

Clara obedecía en todo a su hermana Juana como rectora oficial del reclusorio. Si alguna vez decía alguna palabra en tiempo de silencio, se imponía la penitencia de meter los pies y rodillas en una vasija con agua, que en invierno estaba helada, hasta que recitase cien padrenuestros¹³. Un día, *Juana recibió como limosna un poco de carne seca y la repartió a partes iguales, diciéndole a Clara: “Cómela”. Pero ella, que se había propuesto no comer carne, la tiró en el claustro. Sin embargo, meditando después sobre lo ocurrido, reconoció que había desobedecido y se retiró para llorar amargamente aquella desobediencia*¹⁴.

Juana le asignaba a Clara un lugar junto a ella en la oración y le decía que no se moviera. Dice sor Tomasa que *sucedió frecuentemente que estaba Juana en oración y le ordenaba a Clara: “No te muevas hasta que yo te diga”. Y, estando en oración, muchas veces se extasiaba. En ocasiones, permanecía durante medio día y, alguna vez, todo un día; unas veces más, otras menos. Y Clara permanecía en el mismo lugar sin moverse por obediencia*¹⁵.

¹¹ Ib. p. 26.

¹² Sor Marina, testigo 38, p. 105.

¹³ Sor Tomasa, testigo 39, p. 171.

¹⁴ Ib. p. 173.

¹⁵ Testigo 39, p. 171.

Una vez se retiró del lugar asignado y comió un huevo ante la insistencia de otra hermana, pero se arrepintió de haber desobedecido e hizo gran penitencia por ello; porque, al desobedecer a su hermana, había desobedecido a Dios¹⁶.

En cuanto a la castidad, fue siempre muy delicada. Sor Marina dice en el proceso que, cuando todavía era una niña, *una noche, durmiendo en el reclusorio, descubrió el pie y un poco de la pierna. Su hermana Juana la reprendió y, desde ese día, Clara quiso dormir con la túnica atada con una cuerda hasta el pie para que durmiendo, no pudiera descubrirse*¹⁷. Tampoco permitía que nadie tocara su carne desnuda. Cuando estaba con extraños, tapaba sus manos, especialmente cuando iba a recibir algo de ellos. Recibía sus limosnas o regalos con las manos cubiertas con un paño.

Normalmente, *siempre iba descalza a no ser rara vez por enfermedad. De modo que si todo el tiempo que llevó calzado pudiera juntarse, no habría destrozado en toda su vida ni un par de sandalias*¹⁸.

En cuanto a la alimentación, Clara comía muy poco. De modo que parecía que no podía sustentarse naturalmente. Sor Juana, su sobrina, que después le sucedió como abadesa, afirma en el proceso que ella cree que vivía más de la gracia de Dios que de alimento corporal¹⁹.

A este respecto, cuando ya estaba en el segundo reclusorio, se cuenta que un día fue el conde de Ranuccio de Spoleto a visitar a sus dos hijas al convento y vio a Clara que estaba en éxtasis. Lleno de admiración, pudo ver con sus propios ojos una especie de hilillos muy largos que parecían de miel, cayendo de lo alto hacia la boca de Clara²⁰. De esta manera, el Señor le daba a entender al dicho conde que Clara era alimentada con un manjar celestial.

Una religiosa leprosa del monasterio de san Bartolomé de Montelucio, envejecida en una vida de perfección y de obras santas, un día, mientras estaba en oración, vio, como refirió bajo juramento en el proceso, muchos ángeles y santos, y a la misma Virgen María que estaba en el cielo ante una mesa adornada y preparada con deliciosas viandas. Y un niño bellissimo, que ella reconoció como Jesucristo, el Hijo de Dios, *le dijo: “¿Ves esta mesa y estos alimentos? Este es el pan del cielo y Clara come de este pan*²¹.

¹⁶ Berengario, o.c., p. 24.

¹⁷ Testigo 38, pp. 99.

¹⁸ Artículo 32, p. 5.

¹⁹ Testigo 1, p. 39.

²⁰ Testigo 203, p. 484; testigo 1, p. 38.

²¹ Berengario o.c., p. 54.

Clara ayunaba a pan y agua los días establecidos por la Iglesia y durante la cuaresma llamada de san Martín, desde la fiesta de “*Todos los santos*” hasta Navidad. Además, ayunaba todos los viernes y sábados en honor de la Virgen María. A María le dedicaba sus fiestas y todos los sábados del año. Otras fiestas especiales para ella eran las de santa Catalina de Siena, santa Inés, santa Margarita y santa Clara de Asís. Cuando no ayunaba, solía comer hojas de vid o de olmos o hierbas.

Su hermano Francisco nos dice que *tendría cinco o seis años y visitaba a sus dos hermanas en el reclusorio y le dejaban entrar. Juana, como una madre, lo cuidaba y le aconsejaba para tener siempre buenas costumbres y obrar el bien. Clara entonces tenía unos 10 años y también le decía palabras espirituales, pero por su gran pureza no quería acercarse mucho a él y le aconsejaba que fuera bueno y rezara el padrenuestro y el avemaría... Este testigo le traía hojas de vid o de olmos o de otros árboles para comerlos. Clara también le mandaba que fuera a una huerta de la familia para traerle algunas manzanas del suelo. Le decía que sólo llevara las más duras y ásperas que ni siquiera se las comen los animales ni los cerdos. Y de ellas se alimentaba, como este testigo vio muchas veces, comiéndolas con gran alegría. Ella llevaba siempre una sola túnica e iba descalza y dormía sentada en el lecho*²².

Cuenta sor Marina que *dormía sin jergón, sentada, inclinando la cabeza. A veces, dormía en un jergón sin paja o en un jergón con paja si estaba enferma*²³.

Y a pesar de tanta penitencia, el ejemplo de su vida y el de sus compañeras, atraía vocaciones. Hacia 1280, antes de pasar al nuevo reclusorio, cuando entraron cinco vocaciones. Marina, amiga de Clara, Tomasa, Inés, Paola e Iluminada. Juana nombró a Clara como maestra de postulantes y novicias de las nuevas vocaciones, a quienes educaba con el ejemplo.

Según afirma su hermano Francisco, ella aconsejaba a las hermanas, en especial a las novicias, que, cada tarde después de Vísperas o Completas y antes de dormir, hicieran 500 genuflexiones y otras 500 por la mañana. Esto se lo recomendaba especialmente a las novicias para que se acostumbraran a orar. Y decía que cuantas más hicieran, mejor, a no ser que estuvieran impedidas por alguna enfermedad o dificultad²⁴.

²² Testigo 45, p. 267.

²³ Testigo 38, p. 104.

²⁴ Testigo 45, p. 201.

Cuando alguna hermana debía hacer algún trabajo, ella le ayudaba con gusto y cuando a una hermana se le imponía una penitencia, Clara hacía libremente la misma penitencia para hacerle compañía²⁵.

Por otra parte, ya hacía varios años que Clara había hecho el propósito de no mirar a ningún hombre y, por eso, no quería mirar ni a su hermano Francisco, cuando iba al reclusorio. A veces, en esto tuvo que llamarle la atención su hermana Juana, pero lo que sí hacía con mucho cariño era aconsejarle, enseñarle a ser bueno y a rezar algunas oraciones.

Cuando ya Francisco tenía 15 años, seguía visitando frecuentemente a Clara, de quien era discípulo externo. Aprendió a levantarse a media noche para hacer, como ella le enseñó, 500 genuflexiones con 500 avemarías en honor de la Virgen. También le aconsejó que los domingos y fiestas fuera a cuevas solitarias con otros dos amigos, adoctrinados por ella misma, para hacer oración y darse disciplinas, meditando en la pasión de Jesús²⁶. A los 16 años, Francisco entró en la Orden franciscana.

En 1280 tuvo lugar un suceso importantísimo. Clara tenía 12 años, la edad en que solía hacerse la primera comunión. Se había preparado con mucha ilusión, para recibir a Jesús, a quien tanto quería. Al llegar el sacerdote para darles la comunión, *su hermana Juana la llamó. Ella, queriendo obedecer de inmediato y con el gran deseo de comulgar, no se puso el manto. Cuando su hermana la vio sin manto, la reprendió y le prohibió comulgar. Clara se retiró y empezó a llorar amargamente. Se ponía una tela en la boca para ahogar sus gemidos. Y, en ese momento, se le apareció, el niño Jesús, la besó en la frente y la dejó totalmente consolada*²⁷. Su biógrafo Berengario aclara, al narrar este hecho, que Jesús le dio la comunión²⁸.

El reclusorio había quedado demasiado pequeño para las ocho que ya estaban y Juana oró al Señor para que la iluminara y pudiera construir otro más grande. Todos los biógrafos refieren que Juana tuvo una visión un atardecer. Vio una cruz formada por los rayos del sol en cierto lugar. Ella lo atribuyó a una respuesta de Dios a su inquietud sobre dónde edificar el nuevo reclusorio. De ahí que el nuevo reclusorio se llamaría, por consejo de Juana, de la santa Cruz²⁹.

²⁵ Artículo 16 y 18, p. 3

²⁶ Testigo 45, p. 268.

²⁷ Sor Tomasa, testigo 39, p. 172.

²⁸ Berengario o.c., p. 31.

²⁹ Berengario o.c., p. 32.

En el lugar indicado por la cruz, formada por los rayos de sol, ya existía un reclusorio deshabitado. Estaba sobre la colina del Bottaccio a medio camino entre Montefalco y el primer reclusorio, y a 100 metros de ambos.

SEGUNDO RECLUSORIO

El reclusorio deshabitado había que comprarlo, adaptarlo y reconstruirlo. Papá Damián corrió con todos los gastos y supervisaba la obra. Pero, inesperadamente, a finales de 1280 o principios de 1281, murió, cuando todavía estaba todo en parte sin techar. A pesar de este gran contratiempo, Juana decidió ese mismo año de 1281 trasladarse al nuevo local. Lo hicieron procesionalmente, cantando salmos y llevando una gran cruz de madera.

En el primer reclusorio se quedó sola Inés de Tadeo, quien dio vida a una nueva Comunidad que con el tiempo, en 1301, con el apoyo del cardenal Napoleón Orsini, tuvo el reconocimiento de monasterio bajo la regla de san Agustín. Este convento quedó reducido en 1480 a tres religiosas y el obispo de Spoleto las transfirió al convento de la santa Cruz. En el lugar del primer reclusorio, el general de la Orden agustiniana, padre Mariano de Genezzano, inauguró un convento de frailes agustinos.

Desde los primeros días de su estadía en el nuevo reclusorio, comenzaron los problemas para Juana y sus monjas. Pareciera que el infierno entero se hubiera desatado, contra ellas. El municipio estaba en contra, porque decía que iba a ser una carga para la población, ya que dependían de lo que les daban, al no tener trabajos rentables. Un día, en que un fulano amenazó con violencia a Juana y a sus religiosas, tuvieron la suerte de que un amigo suyo lo reprendió con aspereza y las defendió³⁰.

También tuvieron que sufrir por la oposición de algunos religiosos contra la construcción del nuevo convento. Además, aquel invierno tuvieron que padecer mucho por el frío, ya que no estaba el local techado en gran parte. Y Clara, en las noches más frías del invierno, se quitaba el manto para cubrir a las hermanas más afectadas por el frío, quedándose con la túnica que llevaba puesta³¹.

³⁰ Berengario o.c., p. 32.

³¹ Testigo 38, p. 115.

Para complicar las cosas, a los dos años, en 1283, hubo una carestía generalizada y parecía que iban a tener que cerrar el convento por falta de alimentos, cuando ya eran unas 17 religiosas.

En esas circunstancias, decidieron salir a pedir a la calle, algo que nunca habían hecho hasta entonces y no hubieran querido hacer. Clara se ofreció para este trabajo y Juana aceptó que fuera con Marina. Durante el espacio de 40 días salieron a pedir unas ocho veces.

Normalmente, Clara precedía a la compañera y pedía limosna con voz fuerte, teniendo descubierta el saquito. Donde la rechazaban más o le hacían pasar vergüenza, regresaba con gusto. Sin embargo, para ocultar su belleza física, se cubría totalmente con el manto para que no la reconocieran. Al recibir limosnas, se arrodillaba y decía en voz alta “Deo gratias” (Gracias a Dios). Al caminar se cuidaba de no mirar a la cara a ningún hombre y de no ser vista por ninguno, teniendo los ojos bajos. Pero, en ocasiones, tenía éxtasis durante este servicio de pedir limosna y por eso Juana, de acuerdo con las otras religiosas, ordenó que no saliera más a cumplir este oficio³².

Clara lloró mucho por esta negativa, pero aceptó por obediencia y, desde entonces, no salió del monasterio hasta su muerte.

Sor Tomasa afirma que *había tanta pobreza en el reclusorio que un día no tenían más que una sola corteza de pan y ninguna lo quiso comer, quedando por si acaso alguna desfallecía de hambre. Esta testigo vio muchas veces a Clara que se levantaba de la mesa sin haber comido nada y enviar su parte a los enfermos o indigentes. En aquellos momentos de gran pobreza, consolaba a las hermanas y les aconsejaba a tener paciencia, quedando más saciadas que si hubiesen recibido alimentos³³.*

Acostumbraban tener la comida del mediodía y la cena en común. Cuando no ayunaban a pan y agua, solían comer pan hecho de harina y de otros cereales: pan integral. También comían verduras y legumbres como achicoria y coliflor. A veces, bebían un poco de vino, sobre todo, las enfermas para recuperar fuerzas. El agua solían tomarla con un poco de aceite, como se acostumbraba en las familias pobres.

En cuanto a la oración, dice sor Marina: *Clara estaba frecuentemente en oración y hacía muchos cientos de genuflexiones en la mañana y en la tarde. Y*

³² Berengario o.c., pp. 33-34.

³³ Testigo 39, p. 178.

esta testigo vio una vez que hizo dos mil. Mil con genuflexiones y otras mil, extendiéndose a modo de cruz en el suelo; y lo hizo junto con esta misma testigo³⁴.

Respecto a la caridad, a Clara le gustaba ayudar en los trabajos más humildes del convento. En una oportunidad, dicen sus hermanas, discutió con su hermana Juana, porque quería que la nombrara servidora del convento, es decir, de las hermanas que eran analfabetas y no iban a rezar al coro; hacían los servicios externos del monasterio y dentro de casa realizaban las labores más humildes. Pero Juana no aceptó.

En 1288 y, teniendo ya 20 años, estaba un día hablando con sor Marina sobre la pasión del Señor. Clara le comentó: ***Cualquier cosa que se pida a Dios con afecto, Dios la concede rápidamente. Yo tengo bastante experiencia de ello.*** Su compañera le dijo: ***Yo sé que no soy tal que Dios haga mi voluntad.*** Ante esta respuesta, Clara se consideró “***alguien***” como ella repetirá con gran dolor tiempo después.

Desde ese momento, le fueron quitadas (salvo rara vez) todas las revelaciones y visiones durante once años y perdió la paz³⁵. Buscaba ayuda en los confesores, pero ellos la alababan y ella cambiaba de confesor, porque se creía la persona más pecadora del mundo.

En una ocasión, durante estas tribulaciones que los místicos describirán como noche del sentido y del espíritu, ***se vio puesta como blanco entre dos arqueros que querían herirla con tiros de ballesta. En la visión uno disparaba flechas de vicios y otro de virtudes. Espantada, Clara quiso huir y desviaba la vista para no ver las flechas de los vicios... Primero, lanzaba la flecha el arquero del vicio y después el arquero de la virtud contraria. Y así lanzaban todos los vicios y las virtudes contrarias. Clara comprendió que la virtud rechazaba al vicio y que éstos, perdida toda fuerza, caían a tierra; en cambio, las virtudes permanecían en ella.***

Con esta visión recibió tanta ciencia y doctrina que habría sabido responder perfectamente a quien le hubiese interrogado sobre los vicios, sobre las virtudes y sobre cualquier otra cosa. Esa visión fue para Clara una admirable escuela en la que recibió la más grande doctrina³⁶.

³⁴ Testigo 38, p. 103.

³⁵ Berengario o.c., p. 36.

³⁶ Berengario, o.c., p. 37.

Después de los once años de pruebas y tribulaciones, en 1299, con 31 años, un día por la mañana, hacia la hora de tercia, tuvo una visión. *Vio a un hombre que tenía una lámpara encendida con aceite y en la mano un manojo de paja. Él puso la paja sobre la llama, pero no podía encenderla. Clara estaba maravillada porque la paja no se encendía y sintió una voz que decía a aquel hombre: “Unta la paja en el aceite y arderá fácilmente”: Hecho eso, Clara volvió en sí y comprendió el significado: La paja de su deseo debía ser rociada en el aceite de la humildad. Y, desde ese momento, se sometió completamente a la voluntad divina y se consideró que era una nulidad, quedando contenta si Dios le daba consolaciones o se las quitaba*³⁷.

EL MONASTERIO

Juana, como rectora del reclusorio y con el consentimiento de todas las hermanas, había enviado al obispo de Spoleto una solicitud para que el reclusorio fuera reconocido como verdadero Monasterio y se le concediera la regla de san Agustín. El obispo Gerardo Pigolotti, por decreto del 10 de junio de 1290, se lo concedió. El tenor del documento es el siguiente:

*Gerardo, por misericordia divina obispo de la diócesis de Spoleto, a la amada en Cristo Juana de Damián de Montefalco y a sus hermanas, que moran en la casa de la santa Cruz y de santa Catalina del Bottaccio, junto al castillo de Montefalco, salud en Aquel que es la verdad, salvación de todos... Les concedemos una regla segura que es conveniente en un lugar ordenado. Por tanto, alabando en el Señor vuestro propósito e invocado el nombre de Cristo, con la autoridad de la presente, decidimos concederles la regla de san Agustín. Que queremos y mandamos que sea para siempre (in perpetuo) inviolablemente observada por ustedes y por las otras hermanas que estarán en el mismo lugar. Y damos y concedemos la plena y libre potestad para erigir un oratorio con campana con la cual alabar a Dios y el cementerio para la sepultura y poder acoger por compañeras a las personas que quieran abandonar el mundo. Y en reconocimiento de nuestra autoridad, queremos que ofrezcáis cada año a Nos y a nuestros sucesores, una libra de cera. Dado el año del Señor 1290, 10 de junio*³⁸.

Este documento todavía puede verse, pues se conserva en el convento actual de Montefalco. El monasterio se llamaba de la Santa Cruz (por la visión de

³⁷ Berengario, o.c., p. 39.

³⁸ Sala Rosario, *Santa Chiara della Croce, Pollenza*, 2000, p. 81.

Juana) y de santa Catalina por haberse unido a ellas las religiosas del reclusorio de santa Catalina.

A partir de ese momento, Juana fue reconocida oficialmente como Superiora y pudieron hacer votos reconocidos por la Iglesia, viviendo bajo la regla de san Agustín. La fórmula de profesión solemne que hicieron las que les correspondía, según el padre Agostino Trapè, parece que fue la siguiente:

Yo, hermana N.N., prometo a Dios y a la bienaventurada Virgen María y a nuestro padre san Agustín y a todos los santos y a ti Madre, observar la regla de san Agustín todo el tiempo de mi vida, y vivir en obediencia y sin nada propio y en castidad. La abadesa respondía: Y yo te prometo la vida eterna, si observas lo prometido³⁹.

A los pocos días de haber hecho la profesión perpetua, *se le apareció a Clara Jesucristo con aspecto juvenil, quien se quitó una corona de flores que tenía puesta y se la puso a Clara en la cabeza como señal de que la aceptaba como esposa de acuerdo a lo que había profesado para siempre⁴⁰.*

MUERTE DE JUANA

El 12 de noviembre de 1291 murió Juana. A sus funerales asistió su hermano Francisco, religioso franciscano, y los primos Vannillo y Egidio. Juana fue probablemente la primera en ser enterrada en el cementerio interno del monasterio y sus huesos estarían entre aquellos que se encontraron hace pocos años al hacer trabajos de restauración debajo del pavimento de la capilla de la santa Cruz.

Muerta Juana, Clara lloró los tres primeros días con cierta preocupación e incluso escándalo de las otras hermanas, a quienes parecía exagerado que una religiosa estuviera tan atada a su familia y a las cosas del mundo. Pero ella les aclaró: *No lloro por su alma ni por su cuerpo, lloro por mí, porque Juana era para mí un ejemplo de vida y cada día me hablaba de Dios y de las cosas espirituales. Por esto lloro y no por otra cosa⁴¹.*

Pensando sobre el estado de su hermana difunta, al tercer día por la mañana, vio sobre su propia cabeza una antorcha grande, como una viga

³⁹ Trapè Agostino, *Spiritualità di santa Chiara*, en Atti del I Convegno di studio, Montefalco, 8-10 agosto-1985, p. 123.

⁴⁰ Nessi Silvestro, *Le colline della speranza*, Ed. Edmond, 1999, p. 69.

⁴¹ Ib. p. 35.

gruesa. Estaba encendida e irradiaba una gran luminosidad. Confirmada así en la salvación de su hermana, sintió tanta alegría que se conformó con la voluntad de Dios y, si hubiera podido llamar a la vida terrenal a su hermana, no lo habría hecho. En esa misma visión el Señor le dio una luz intelectual para conocer lo bueno y lo malo de cada uno. Entre tanto, Juana se le apareció a Clara, quien le preguntó: “Juana, ¿no estás muerta?”. Y Juana le respondió: “No fue muerte la mía, sino un pasar a la vida”⁴².

Ciertamente, Juana había sido una verdadera santa, con frecuentes éxtasis y manifestaciones extraordinarias del Señor. Fue también una perfecta maestra para Clara, a quien hablaba por experiencia. De ahí que todas las fuentes del proceso de canonización de Clara, al hablar de Juana, dicen que era muy santa. Así la califica su hermano Francisco en su informe⁴³. La sobrina sor Juana, que fue abadesa después de Clara, dice en el informe que era *de gran reputación y santidad*⁴⁴.

El doctor Bartolo de Jacobo, doctor en leyes, afirmó en el proceso de 1318-1319 que, después de la muerte de Juana, Clara le hizo dos confidencias para manifestarle la gran santidad de su hermana. Le contó que *una noche, estando cuidando a su hermana Juana que estaba muy enferma y en peligro de muerte, vino un ángel con un instrumento que parecía una viola y, al sonido de aquel instrumento, Juana se restableció, y Clara veía la transformación de su alma. Por la mañana, su hermana había sido curada como si nada hubiera tenido... En otra ocasión, dice que Juana le recomendó que, si una noche veía un gran esplendor en su celda que lo tocara, pero cuando lo observó no lo tocó, pero vio de dónde venía*⁴⁵. La luz salía de Juana y Clara entendió que era una santa.

Después de los funerales de Juana, el obispo mandó a su vicario general a presidir la elección de abadesa. Las monjas eligieron por unanimidad a Clara. Apenas tenía 23 años; pero ella, por humildad, suplicó con profundo sentimiento que por amor a Dios anulasen la elección y eligieran a otra. Ella quería quedar como servidora para los servicios más humildes del monasterio. El vicario tuvo dudas y dijo que lo pensaría. Al día siguiente, retornó para bendecirla y confirmarla como abadesa. Y ella aceptó por obediencia.

⁴² Berengario, o.c., p. 42.

⁴³ Testigo 45, p. 294.

⁴⁴ Testigo 1, p. 98.

⁴⁵ Testigo 82, p. 364.

CLARA ABADESA

Clara que, apenas hablaba más que con las postulantes y novicias, ahora tuvo que hablar a todas y corregirlas, cuando había necesidad. Bajo su mandato, el monasterio se organizó como un verdadero convento. Todos los viernes oían en Comunidad la regla de san Agustín, como está establecido en la misma regla. Organizaba reuniones comunitarias para tratar las cosas del monasterio y para darles enseñanzas espirituales, pues sentía muy al vivo la responsabilidad que tenía sobre cada una de las hermanas.

Hasta entonces, las oraciones comunitarias eran simplemente meditar en la pasión del Señor y hacer genuflexiones y postraciones, rezando avemarías y padrenuestros, pues no tenían libros, que eran un lujo en aquellos tiempos, y no rezaban el Oficio divino. Ella consiguió en 1305 breviarios para las hermanas de coro y les enseñó a rezar el Oficio divino de acuerdo las normas establecidas por la Iglesia.

A las que no sabían leer y eran servidoras, les impuso que, en lugar del rezo del Oficio divino, rezaran por la mañana 150 padrenuestros y 150 avemarías. A media mañana o mediodía, debían rezar veinticinco de cada uno. En lugar del Oficio de difuntos, que rezaban las de coro, ellas debían recitar otros 25 padrenuestros y avemarías en cualquier momento del día. Si no podían asistir a misa por sus obligaciones, debían recitar otros veinticinco. Y les inculcaba, según las horas, a meditar en los momentos de la pasión del Señor. A todas les propuso la devoción, no obligatoria, de hacer mil genuflexiones en honor del Señor, rezando avemarías.

Para que no estuvieran ociosas, ordenó que todas dedicaran algún tiempo al trabajo manual como coser o trabajar en la huerta, además de las normales tareas de limpieza del monasterio, atención a las enfermas, cocina, etc.

Ordenó que todas frecuentaran los sacramentos de la confesión y comunión, siendo obligatorio, al menos, una vez al mes y en todas las fiestas del Señor y de la Virgen. En esto hay que recordar que en aquellos tiempos no se podía comulgar todos los días, sino cuando lo permitía el confesor.

Prohibió, siguiendo la regla de san Agustín, que las hermanas se apropiaran de cualquier cosa por más mínima que fuera, aunque se lo dieran sus familiares. Todo debía ser común y se debía repartir de acuerdo a la necesidad de cada una.

Cuando trabajaban dentro de casa en cosas comunes, ordenó que lo hicieran todas juntas en una sala, mientras una hermana leía algún libro espiritual. Incentivó en todo momento la vida de Comunidad. Todas debían vestir igual y llevar el velo puesto sobre el rostro, si debían hablar con algún extraño. Si algún trabajador entraba al convento, debía estar acompañado de dos hermanas, mientras las demás estaban juntas en un lugar donde no pudieran ser vistas. Si salían del convento, siempre debían ir, al menos, de dos en dos.

Vigiló mucho que no tuvieran amistades particulares, que pudieran ser peligrosas. Por eso, cuando alguien venía a visitar a una hermana, debía estar presente otra hermana, a no ser que fuera en confesión. Las servidoras, que salían a la calle, tenían prohibido hablar de las noticias del mundo exterior para que las demás no fueran distraídas en su oración.

Además de las servidoras, nombró a Juana, su sobrina, como secretaria. Otras eran enfermeras o cocineras. También aceptó como oblatos a personas seculares que se obligaban formalmente a apoyar al monasterio y representarlo en actos públicos⁴⁶.

Sor Tomasa recordó en el proceso que ella estuvo presente, cuando Clara recibió como oblatos del monasterio a Raino, Tomás y fray Ventura, a quienes recibió con las manos cubiertas con su manto⁴⁷. También su sobrina Juana, dice que vio y estuvo presente cuando recibió a Masolo y Raino como oblatos y que cubrió sus manos con el manto como cuando recibía algo de otras personas⁴⁸.

Juan Masei afirma que en una ocasión coincidió al salir del convento con Don Pedro Colonna, sobrino del cardenal Santiago Colonna y que también llegaría a ser cardenal, y a quien Clara recibió como oblato. Pedro Colonna le dijo que no cambiaría la conversación que había tenido con Clara por su mejor caballo ni por mil florines de oro. Y le aseguró que no quiso marcharse de allí hasta que no lo bendijera. Clara se opuso al principio, pero después, ante tanta insistencia, lo bendijo con la señal de la cruz⁴⁹. El mismo Juan Masei dice en el proceso que *nunca oyó a nadie hablar tan profundamente y de modo tan sublime como ella. Él sentía una gran alegría y consolación al escucharla. Y, si algo tenía de bueno, habiendo dejado los pecados y mentiras del pasado, era gracias a sus conversaciones con ella*⁵⁰.

⁴⁶ Nessi Silvestro, *Dal reclusorio al monastero en il processo di canonizzazione di Chiara da Montefalco*, Spoleto, 1991, pp. 560-574.

⁴⁷ Testigo 39, p. 204.

⁴⁸ Testigo 1, p. 34.

⁴⁹ Testigo 59, p. 317.

⁵⁰ Ib. p. 316.

Sor Tomasa asegura que *nunca pudo advertir en ella ninguna mentira y que recomendaba mucho a las hermanas no mentir y las corregía en esto con mucha severidad. También les aconsejaba no decir palabras vanas o inútiles. Y ella nunca le oyó palabras que no fueran de Dios o de utilidad a las hermanas*⁵¹.

Sor Marina cuenta que corregía con fuerza a las hermanas que se reían o hablaban en voz alta o decían malas palabras. Y la vio muchas veces llorar, cuando sabía que habían ofendido a Dios; y se castigaba a sí misma y se disciplinaba para reparar el pecado cometido⁵².

Algo para ella muy importante era la guarda de la castidad. Por eso, según dice su sobrina: *Instruía y aconsejaba a las hermanas a la fiel guarda de la castidad y de la virginidad. Prohibía a las religiosas que tuvieran familiaridad o diálogos secretos con hombres, laicos o religiosos, a no ser en confesión y que nunca miraran a la cara a ningún hombre ni se dejasen mirar por él. Y que tuvieran siempre el rostro cubierto, cuando hablaban con alguien. Odiaba todo lo que fuera contra la castidad y sentía mucho disgusto cuando oía algo deshonesto*⁵³.

Ella introdujo la costumbre de que, cuando hacían pan en casa, llevaran doce panes a los pobres en recuerdo de los doce apóstoles. En Navidad repartía trozos de tela a los pobres en recuerdo de Cristo que nació desprovisto de todo. *A un pobre que había salido de la cárcel hacía poco y estaba casi desnudo, ella le dio su propio manto*⁵⁴.

A los pobres que iban a pedir al monasterio, les daba todo lo que podía en calzado, vestidos, medicinas, mantos, comida... Antes de dárselo, lo bendecía. Incluso, a las religiosas del convento les daba cuanto ella misma tenía para sus propias necesidades como una buena madre.

Una vez, su sobrina estuvo presente cuando las servidoras del monasterio le dijeron a Clara que habían encontrado a una mujer indigente, llamada Beatriz, que no tenía mangas en su túnica. Clara, llevada del espíritu de caridad, se quitó las mangas y se las envió con las servidoras⁵⁵.

⁵¹ Testigo 39, p. 173.

⁵² Testigo 38, p. 124.

⁵³ Testigo 1, p. 35.

⁵⁴ Berengario o.c., p. 56.

⁵⁵ Testigo 1, p. 39.

Sor Tomasa afirma haberle visto besar las manos de los leprosos y enviarles alimentos y vestidos y, muchas veces, la vio abrazar a una leprosa llamada Cintia de Montefalco. Una vez, le besó las llagas de su rostro a través del velo que siempre llevaba puesto⁵⁶. A otra leprosa, llamada Clarelle, también le besaba las manos y le daba de comer con sus propias manos⁵⁷.

Su hermano Francisco afirma en el proceso: *Era tanta la fe que tenía que, cuando había un solo pan para comer, lo dividía muchas veces por tres o cuatro partes y Dios las socorría para que no faltara y aquello poco aumentara (Deus eis subveniebat nec deficeret sed faceret illa pauca augmentari)*⁵⁸. En estas palabras se está diciendo que Dios, en algunas ocasiones, se gloriaba en sus esposas, haciendo la multiplicación de los alimentos para que no les faltara de comer. Pero, en otras oportunidades, hacía que lo poco que comían les alimentara como si hubieran comido lo suficiente.

Y sigue diciendo Francisco: *Las mismas religiosas me decían que comían y se sentían satisfechas en la mayor pobreza con más alegría y suavidad que cuando abundaban de cosas temporales. Dios infundía en los alimentos un sabor tal que se sentían contentas. A veces, Clara hacía comidas de hierbas con aceite y cortezas de pan y esas viandas tenían tal sabor que las hermanas comían con más gusto que si hubieran comido otras cosas sabrosas de queso y huevos, como cuando tenían en abundancia*⁵⁹.

El mismo Francisco da a entender que había cosas inexplicables, como milagrosas, y asegura que Clara tenía tanta compasión con los pobres que por ellos, a veces, lloraba. En ocasiones, cuando venían muchos pobres a la vez, los recibía con alegría y caridad, dándoles lo que podía casi milagrosamente, porque, siendo pobrísima, parecía abundar maravillosamente (*quasi miraculose abundare mirabilites videbatur*)⁶⁰.

Clara destacaba siempre por su humildad. A su hermano Francisco le aconsejaba que fuera humilde. Tuvo cargos de relevancia en la Orden y, al final de su carrera, llegó a ser inquisidor general del Ducado de Spoleto. Clara, sin embargo, lo corregía para que fuera humilde. En una ocasión, le dijo: *Quisiera que fueras un hombre tan humilde y de tanta virtud que fueses un ejemplo para los demás. No quisiera que te preocuparas tanto por la ciencia. Me*

⁵⁶ Testigo 39, p. 204.

⁵⁷ Testigo 1, p. 40.

⁵⁸ Testigo 45, p. 273.

⁵⁹ Ibidem.

⁶⁰ Ib. p. 272.

sentiría más consolada, si fueras uno de los hermanos cocineros con mucho fervor y devoción, y no uno de los mejores profesores.

Por otra parte, tenía mucha caridad con el prójimo, no sólo para los de fuera, sino también para las hermanas de la casa. Antes de ser abadesa, ella hacía las labores más humildes con las servidoras. Sor Tomasa recuerda: *Antes de ser abadesa, a veces, hacía la comida, lavaba los platos, limpiaba la casa y las celdas con gran humildad. Y, cuando fue abadesa, frecuentemente la vi ayudar a la cocinera y hacer con sus propias manos trabajos como reparar con barro el muro de la cocina y otros trabajos humildes, como si no fuese la abadesa. Además, era tanta su humildad que no soportaba que la llamaran abadesa, sino quería que la llamaran por su nombre*⁶¹.

*Y, si alguna hermana se enfermaba, ella misma la atendía y le hacía los servicios más íntimos y humildes*⁶².

Sor Marina cuenta que *sor Vannnola se enfermó. Tenía fiebre y escupía pus con sangre por la boca. Por lo cual, había que limpiarla con pañitos muchas veces. Y Clara con mucha compasión y humildad le servía, como lo vio esta testigo*⁶³.

Uno de los puntos más importantes que Clara enseñaba a sus hermanas con el ejemplo era a perdonar a sus enemigos. Ya hemos anotado que, desde que se trasladaron a vivir al segundo reclusorio, las persecuciones fueron constantes. *Cierto maestro Tomás que era enemigo del convento, se enfermó y ella misma le preparó comida y se la envió. A otro hermano franciscano, de nombre Pedro de Montefalco, que había injuriado muchas veces a Clara y a las religiosas del monasterio con mala intención, también le enviaba alimentos*⁶⁴.

Su sobrina refiere: *Las hermanas del monasterio de santa María Magdalena habían dicho palabras injuriosas contra ella y las demás religiosas... Sin embargo, las ayudaba con limosnas o alimentos, a pesar de que ellas tenían mucho más que las religiosas de su convento*⁶⁵.

Sor Marina relata que los hermanos Tomás y Pucciarello, hijos del maestro Juan de Montefalco, invadieron con otros amigos el monasterio, rompieron la puerta del convento y lanzaron injurias y amenazas a las religiosas,

⁶¹ Testigo 39, p. 184.

⁶² Berengario o.c., p. 27

⁶³ Testigo 38, p. 110.

⁶⁴ Testigo 1, p. 40.

⁶⁵ Testigo 1, p. 41.

porque querían sacar a la fuerza a una hermana suya que había entrado al convento sin su consentimiento. Clara les pidió a todas que tuvieran paciencia. No quiso poner una denuncia para que los castigaran y pidió que rezaran por ellos. Estando enfermo Tomás, le mandaba frecuentemente alimentos⁶⁶.

Al poco tiempo Pucciarello murió y, después de muerto, se le apareció a Clara, sufriendo graves penas. Clara le dijo: ¿Eres tú Pucciarello? Sí, respondió. ¿Estás salvado o condenado? Estoy en el camino de la salvación, pero sufro grandes penas que debo soportar durante treinta años, sobre todo, por las ofensas que hice a tu monasterio. Y desapareció. Clara sintió profunda compasión por él y suplicó al Señor por él con la ayuda de sus hermanas. Después de un tiempo, dijo Clara que ya estaba salvado por las oraciones de todas⁶⁷.

Pero el caso de mayor persecución contra Clara y sus monjas fue protagonizado por fray Pedro de Salomón. Dice sor Marina que fray Pedro hizo mucho daño y Clara se dolía mucho, porque era gran ofensa a Dios. Incluso, a ella le afectó más, porque había hecho mucho daño a su hermano Francisco. Sin embargo, cuando fray Pedro iba al convento, Clara lo aconsejaba piadosa y benignamente, compadeciéndolo por hacer tanto daño⁶⁸.

El mismo hermano de la santa afirma en el proceso: *Un día Clara en reunión con las hermanas les dijo: Sabed que mi hermano Francisco tiene una amarga y gran tribulación, porque en una visión he visto a alguien que me dio una cruz de fuego muy roja de su parte. Les ruego que recen a Dios por él. Espero que no durará mucho, porque aquella cruz se desvaneció en mi mano. Ese mismo día o al siguiente, llegó una carta de este testigo, donde hablaba de su tribulación, de su inocencia y de su gran temor, porque el Superior estaba injusta y totalmente contra él. Y por las oraciones de Clara y las de sus hermanas fue totalmente liberado⁶⁹.*

Parece que Pedro de Salomón había calumniado a Francisco ante el Superior como si fuera el autor de dos cartas anónimas. El Superior creyó la acusación y Francisco, angustiado, decidió escribir a su hermana Clara para exponerle la situación. Pocos días después, el Superior reconoció su error y todo volvió a la normalidad.

⁶⁶ Testigo 38, p. 110.

⁶⁷ Berengario o.c., p. 58.

⁶⁸ Testigo 38, p. 135.

⁶⁹ Testigo 45, p. 283.

¿Cuál era la causa de tanto rencor? Clara era muy paciente con los enemigos y los perdonaba siempre, pero no podía aceptar que envenenaran a sus religiosas.

Un día les contó que había tenido una visión: *Había visto venir a dos religiosos al convento. Uno venía bajo el aspecto de un lobo rapaz y el otro bajo la forma de un cerdo. El lobo procuraba quitarle almas a Dios y el cerdo tramaba insidias de acciones inmundas. El mismo día o al día siguiente, vinieron al monasterio. Clara fue a verlos, y después de un breve diálogo, les dijo: “No quiero que tengan ninguna conversación con ninguna religiosa de este convento”. Ellos quedaron sorprendidos y el lobo, aparentando humildad, le preguntó la causa. Ella les refirió la visión diciéndoles que no quería que hablara nadie con las religiosas, si no fuera por razón de su oficio*⁷⁰.

El lobo era Pedro de Salomón y el cerdo Santiago de Capitone. Sor Juana, su sobrina, al narrar este hecho dice que los mandó marcharse del monasterio (licentiavit ipsos a dicto monasterio).

A pesar de todo lo que hizo, ella lo perdonó y lo encomendaba día y noche en sus oraciones. De esta manera, demostraba que no sólo sabía perdonar, sino también amar a los enemigos.

EL DEMONIO

Así como Jesús le concedía muchos dones y visiones, éxtasis y regalos espirituales, también permitía que el demonio en persona se le presentara y le hiciera sufrir para que así tuviera la oportunidad de demostrarle su amor y ofrecerle sus sufrimientos por la salvación de sus perseguidores y de todos los pecadores.

Su biógrafo Berengario dice: *Libraba a sus hermanas de las insidias de los demonios, por lo que estos estaban indignados. Frecuentemente y, sobre todo, los viernes por la noche se le aparecían a Clara y la amenazaban con matarla, porque destruía radicalmente sus obras y sus maquinaciones. Una noche quisieron sofocarla. Las monjas, que habían oído ruidos, acudieron y encontraron a Clara muy fatigada, ayudándola como pudieron. Y Clara con más fuerza trataba de defenderlas de las tentaciones., manteniéndolas al servicio de Dios. Ella misma contó a su confesor Don Tomás, canónigo de Gubbio, que por siete años había estado expuesta al poder de los demonios que*

⁷⁰ Berengario, o.c., p. 72.

*la habían afligido con terrores, golpes, enfermedades y otros sufrimientos. Ella, para que pudieran más libremente golpearla y no fueran impedidos por las hermanas, de noche salía del dormitorio al claustro*⁷¹.

Sor Marina afirma que *una vez, estando las hermanas en el oratorio, recitando el Oficio divino, Clara vio por revelación del Espíritu Santo a un demonio, que había entrado al oratorio con las hermanas. Estuvo con ellas durante el Oficio y después salió con ellas. Dijo que se apareció en forma de hombre y que esto se debió a algunas murmuraciones que había habido entre algunas hermanas*⁷².

Su sobrina, sor Juana, recuerda que ella *oía muchas veces el clamor que hacía Clara cuando los demonios se le aparecían de noche en la celda. A veces, se le aparecían en forma de hombre, de mujer o de animales. Clara le dijo que, en ocasiones, le ponían la mano en la boca para sofocarla y la amenazaban de distintas maneras... Cierta noche, esta testigo oyó un sonido como si alguien tocara en el torno. Una hermana quiso ir a ver quién era. Pero Clara le dijo, estando esta testigo presente: “Cuidado a dónde vas, porque no es quien crees”. Y esa hermana fue al torno y no encontró a nadie. Y Clara le dijo: “Toda la noche he visto a un demonio que estaba sobre el torno”*⁷³.

Sor Marina declara que el año de su muerte *Clara vio a un diablo grande con otros pequeños que llegaron al monasterio y querían entrar, pero no podían. Y Clara los veía y ellos intentaban entrar y no podían. Por último, llegaron a la celda de Clara y el demonio grande le dijo: “Tu me has hecho esto, pero yo organizaré tales intrigas contra ti y tus hermanas que tendrás mucho que sufrir”. Y esos demonios se marcharon a otro monasterio de Montefalco. Y dijo Clara que en ese convento se tramaron muchas cosas contra ellas y su convento*⁷⁴.

Los demonios la hacían sufrir. Y ella sufría, amaba y crecía cada día más en amor y santidad, salvando muchas almas para Dios.

⁷¹ Berengario, o.c., p. 73.

⁷² Testigo 38, p. 136

⁷³ Testigo 1, p. 55.

⁷⁴ Testigo 38, p. 143.

DONES SOBRENATURALES

Clara estaba tan enamorada de su esposo Jesús y lo amaba tanto que por Él sufría y estaba dispuesta a morir. Y Jesús no se dejaba ganar en generosidad y la llenaba de sus delicias.

a) ÉXTASIS

Los éxtasis eran muy frecuentes. Cuando tenía estos éxtasis, dice sor Marina *cerraba los ojos, juntaba los labios y permanecía totalmente inmóvil. Su cara estaba más clara de lo acostumbrado. Estos raptos ocurrían especialmente en las fiestas de Navidad, Epifanía y en otras fiestas, en las cuales los raptos eran más grandes y duraderos*⁷⁵.

Su biógrafo Berengario declara: *Tenía altísimos raptos en el Señor. En ocasiones, una sola vez al día o quizás durante varios días. Su rostro, a veces, era rojo y otros se volvía pálido. Sus miembros, unos momentos se movían rápidamente, mientras que otros estaban totalmente inmóviles. Su cuerpo podía estar recto o sentado o arrodillado. Estos raptos la debilitaban tanto que las hermanas creían que en uno de ellos iba a morir, pues perdía la capacidad de los sentidos*⁷⁶.

*Una vez, hacia la fiesta de Navidad, mientras una hermana en el claustro le cortaba el cabello, se quedó con la cabeza inclinada como si estuviera muerta. La peluquera le cortó no sólo cabellos sino también parte de piel, pero ella ni se enteró. Cuando regresó en sí, se fue a una celda apartada y siguió en éxtasis todo el día y parte de la noche. Desde aquella Navidad, estuvo en continuo éxtasis hasta fines de mayo. En esa época, cuando sentía hablar de Dios o cantar, su alma se extasiaba y perdía todas sus potencias. Por ello, las hermanas procuraban no hablar de Dios en su presencia y, si alguno por la calle o en algún lugar cercano al convento cantaba alabanzas, las religiosas le pedían que no cantara cerca del monasterio*⁷⁷.

En Navidad de 1295 vio en visión la cueva de Belén en el momento del nacimiento de Jesús y oyó el canto de los ángeles al cual ella se unió cantando. Ese canto fue oído por las religiosas, que se admiraban de tanta alegría. Otra vez, el Señor se le apareció con María y pudo estrechar entre sus brazos al niño Jesús

⁷⁵ Testigo 38, p. 118.

⁷⁶ Berengario, o.c., p. 45.

⁷⁷ Ib. p. 46.

apenas nacido. En el 1300, año del jubileo, vio la gloria de los santos en el paraíso.

*Un día tuvo una visión de la Trinidad, más elevada de todo lo que había tenido hasta entonces. En esa visión vio a Dios trino en tres personas y con una sola sustancia y esencia en la gloria infinita. Además, durante esta visión sintió tanto gozo y tanta plenitud de alegría que, si Dios le hubiese dicho: ¿Quieres algo más?, no habría sabido querer otra cosa*⁷⁸.

Sor Tomasa informa: *Una vez estuvo en continuo éxtasis desde la fiesta de la Epifanía hasta la fiesta de la Purificación de la Virgen María*⁷⁹. *Y después de la fiesta de Purificación estuvo en raptó durante cuatro meses. Y esta testigo cree que, si no fuera por su oficio de abadesa que la hizo regresar poco a poco a cumplir sus funciones, cree que estaría siempre en ese estado de elevación espiritual*⁸⁰.

Al preguntar los jueces del proceso cómo podía vivir sin comer ni beber tanto tiempo, sor Tomasa respondió que, *a veces, le metían en la boca agua azucarada, añadiendo, de vez en cuando, un poco de pan, pero otras veces sólo agua azucarada. Esto ocurrió 15 años antes de su muerte*⁸¹.

Dice su hermano Francisco que Clara le contó que en una ocasión *vio el paraíso y la vida eterna. Vio un monte hermosísimo a cuyos lados por todas partes estaban los santos en sus mansiones. En la cima del monte estaba Dios. Y los santos decían: “¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo vendrá?”. Entendía que se referían a ella. Y Dios respondió: “Vendrá, pero todavía estará quince días (se refiere a quince años)”*⁸².

b) BILOCACIÓN

Al igual que otros muchos místicos y santos, tuvo el don de bilocación. Dice Berengario: *Una vez, durante la oración, Clara se acordó de cierto prelado conocido por su gran santidad. Mientras oraba por él fue conducida en espíritu delante de su habitación. Y vio una mujer bellísima que pensó que era la Virgen María, que salió de la puerta y le dijo: “¿Quieres ver a este*

⁷⁸ Berengario, o.c., p. 39.

⁷⁹ Testigo 39, p. 205.

⁸⁰ Ib. p. 207.

⁸¹ Ibidem.

⁸² Testigo 45, p. 279.

prelado?”. Clara le respondió que no. Y la señora le dijo: “¿Quieres saber cómo está?”. Y ella dijo: Sí⁸³.

Cierta noche, Clara le dijo a su sobrina: *He visto a dos hombres que van a Collefiorito y apresan a fray Santiago. Después de un tiempo, se supo que había sido apresado en el lugar y del modo como había dicho Clara, tal como el mismo fray Santiago se lo dijo a esta testigo después de ser liberado⁸⁴.*

Su hermano Francisco certifica en el proceso que Clara le dijo muchas veces que casi siempre, *cuando venía alguien de otra tierra, muchas veces lo veía y se lo anunciaba a sus hermanas. Y que hablando con el recién llegado le decía: “Te vi, cuando venías por el camino”. También conocía su maldad o conocía sus palabras desordenadas. Y los corregía y por sus correcciones mejoraban⁸⁵.*

Muchas de las visiones de que ella habla en su vida pudieron ser verdaderas bilocaciones, porque conocía bien ciertos asuntos y a ciertas personas. Por supuesto que, si tenemos indicio de algunas bilocaciones, en la realidad habrían sido muchas más, lo que pasa es que los santos normalmente, por humildad, suelen hablar poco de sí mismos.

c) SANACIÓN DE ENFERMOS

Clara era tan querida de Jesús que Él le concedía todas sus peticiones. Ya hemos notado cómo, en cierta ocasión, le había dicho a sor Marina: *Cualquier cosa que se pida a Dios con afecto, Dios la concede rápidamente, y yo tengo bastante experiencia de ello.* Por eso, no es de extrañar que Dios le concediera la salud para los enfermos. Sor Tomasa afirma que ella misma tenía una inflamación en la garganta y creía que era algo grave. Le pidió a Clara que hiciera sobre ella la señal de la cruz. Clara le hizo la señal de la cruz y nunca más volvió a sentir aquella inflamación⁸⁶.

Sor Francisca tenía un hermano llamado Conrado, muy enfermo, que había sido desahuciado por los médicos. Le rogó a Clara que, si era para el bien de su alma, lo sanara, porque llevaba una vida disipada. Sor Francisca le envió a su hermano un mensaje, diciéndole que estuviera tranquilo y que no dudara, porque lo había encomendado a sor Clara. Y que, si era librado, procurase ser bueno. Después de pocos días, Conrado vino al convento sano y

⁸³ Berengario o.c., p. 51.

⁸⁴ Testigo 1, p. 50.

⁸⁵ Testigo 45, p. 284.

⁸⁶ Testigo 39, p. 229.

*su hermana le aconsejó que se hiciera franciscano. Así lo hizo y en esa Orden murió, habiendo creído que fue sanado por las oraciones de Clara*⁸⁷.

Su sobrina afirma que *ella estaba tísica y escupía esputos de sangre de los pulmones. Todos decían, incluso los médicos, que no tenía curación. Pero esta testigo tenía fe que las oraciones de Clara la sanarían... Y dicha Clara oró por ella... Y la enfermedad que tenía desde hacía 4 meses fue desapareciendo poco a poco y nunca más la volvió a tener*⁸⁸.

*Un niño de nombre Vannolo, que no tenía ni un año de edad, hijo de Alinaldo de Montefalco fue llevado al convento por su abuela Brancina, porque estaba muy enfermo. Su abuela le pidió a sor Tomasa y sor Catalina que lo llevaran a sor Clara para que rezara por él. Tomasa lo recibió por compasión y se lo llevó a Clara que estaba enferma en su celda, aunque con un poco de temor por no ser eso costumbre. Tomasa le dijo a Clara: “¿Quieres que te dé una cosa hermosa?”. Respondió Clara: “¿Qué es?”. Y Tomasa le puso al niño en sus brazos. Clara, movida a compasión, le hizo la señal de la cruz, diciendo: “Ruego a Jesucristo, que puede sanar todas las enfermedades, que sane tu cuerpo y tu alma”. Y devolvió el niño a Tomasa, quien se lo entregó a la abuela. Esta testigo oyó muchas veces decir a Brancina que el niño había sanado de su enfermedad*⁸⁹.

*Una joven de Montefalco, de nombre Fiorella, fue asaltada por unos jóvenes que trataron de violarla sin conseguirlo, pero la golpearon y la hirieron gravemente, especialmente en las manos y el rostro. Clara, al enterarse, envió a las servidoras del convento a que fueran a consolarla y asegurarle comida y medicinas. Apenas restablecida, se acercó al monasterio para agradecer las atenciones recibidas. Clara, viéndola triste, comenzó a llorar y, tomando sus manos deformes por las heridas, las besó muchas veces. Dirigiéndose a Dios, dijo: “Señor, si es tu voluntad, quita a esta pobrecita el mal que padece y dámelo a mí, que me lo merezco más”*⁹⁰. Y quedó restablecida.

Podríamos seguir anotando muchos otros milagros de sanación durante la vida de Clara, pero es suficiente para darnos una idea del poder de su intercesión en vida, lo cual nos puede llevar a pensar cuánto más poder tendrá ahora que está en el cielo, como lo demostró con tantos milagros realizados después de su muerte.

⁸⁷ Testigo 39, p. 229.

⁸⁸ Testigo 1, p. 62.

⁸⁹ Testigo 1, p. 64.

⁹⁰ Nessi Silvestro, *Le colline della speranza*, o.c., p. 46.

d) Resurrección de muertos

Un día sor Tomasa fue a decir a Clara que Andrea había muerto. Clara les dijo a todas las hermanas: “Orad para que Dios le devuelva el espíritu al cuerpo y, al menos, la vea fray Andrés, su padre, que era fraile y celebraba la misa en el oratorio. Clara y las demás hermanas estuvieron orando, cuando de pronto viene Sor Isaya y dice: “Andrea está hablando”. Clara envió de inmediato a llamar a su padre, que primero había sido juez y un hombre muy honrado en el mundo, y ahora era un buen religioso. Vino de inmediato y el padre le dio de comer y de beber un poco. Y, estando esta testigo presente, al poco rato murió⁹¹.

Su hermano Francisco afirma en el proceso que la difunta sor Andrea, después de no mucho tiempo, se le apareció a Clara estando en oración. *Vio Clara una multitud de vírgenes y santos, pasando delante de su monasterio. Una de esas almas se detuvo y entró al convento y vino a su celda. Arrodillándose ante ella, le dijo: “Madre mía Clara, quiero tu bendición”. Ella le dijo: “Andrea, hija mía, ¿qué es esto?”. “Estoy saliendo del purgatorio y voy con esta multitud de vírgenes a la gloria, pero quiero tu bendición”. Y Clara la bendijo con la señal de la cruz y ella, con gran consuelo, voló a la eterna gloria⁹².*

Sor Juana declara en el proceso que *el año de la muerte de Clara, en el mes de junio, Paganono murió sepultado por la arena, cuando estaba excavando un pozo profundo. Clara, al oír que había muerto sin confesión, comenzó a rogar a Dios para que le diera tiempo para vivir y confesarse. Y le dijo a esta testigo: “Oh, Juana, qué gran pecado. Si hubiera muerto confesado, otra cosa sería, pero tengo compasión, porque ha muerto sin confesión”. Y Clara, elevados los ojos al cielo, comenzó con suspiros a orar y decir: “Señor, dale tiempo, devuélvele la vida para que pueda confesarse”. Y al poco rato mandó a las servidoras Iluminada y Angeluzza a ver qué era del difunto, mientras ella permanecía en oración. Las servidoras regresaron a prisa, diciendo que el muerto ya estaba hablando. Y mandó que le llevaran alimentos para comer⁹³. Y ese mismo día en que revivió, se confesó y ese mismo día murió ya confesado⁹⁴.*

⁹¹ Testigo 39, p. 230; Testigo 1, p. 60.

⁹² Testigo 45, p. 285.

⁹³ Testigo 1, p. 69.

⁹⁴ Artículo 127, p. 20.

e) DON DE LA CIENCIA Y DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

A pesar de que Clara no era instruida, sin embargo, tenía una gran capacidad para comprender las Escrituras... Comprendía las Escrituras (más allá de la capacidad del entendimiento humano) con tal agudeza que de cada cosa, por mínima que fuera, hacía maravillosos discursos con expresiones profundísimas⁹⁵.

Su hermano Francisco informa en el proceso: *Tenía un entendimiento clarísimo de todas las virtudes y vicios. Y lo tenía de todas las criaturas, de modo que de una hoja de encina podía decir tantas cosas que, si alguien las escribiera, un mulo no las podría llevar. Y a este testigo, que le planteó diferentes cuestiones de Sagrada Escritura, Clara le respondía con tal lucidez que quedaba todo aclarado mejor que en los escritos y doctrinas de cualquier otro... Y a un canónigo de nombre Tomás que le preguntó sobre el significado de las palabras de la Escritura: “Mis espaldas verás, pero mi rostro no lo verás” (Ex 33, 23), ella le respondió que las espaldas de Dios son las cosas divinas y espirituales que no se ven, pero se creen y se esperan hasta que todo se vea en la gloria⁹⁶.*

Clara respondía profundamente y con verdad las más difíciles cuestiones de teología que le proponían los grandes profesores y expertos teólogos, dejándolos satisfechos con sus respuestas⁹⁷. Sor Marina declaró ante los jueces del proceso que recordaba *entre otros grandes teólogos que venían a consultarle a Ángelo de Roma, Bartolo de Spoleto, fray Santiago de Gonzio, fray Pedro de Perusio, don Pedro Colonna y otros⁹⁸.*

Sor Tomasa afirma haberle oído decir a Clara que, *si viniesen todos los sabios (de la universidad) de París, sabría responder a todas sus cuestiones. Dios le dio tanta luz que sobre una hoja de árbol podía hablar tantas cosas como para escribir muchos libros⁹⁹.*

También conocía lenguas extrañas sin haberlas estudiado. Su sobrina Juana declara que cierto día dijo a las religiosas, estando presente esta testigo: *Tenemos cerca a una peregrina de lejanos lugares. Cuando llegó la hora de su venida, se fue a recibirla a la puerta. Y, mientras iba, les decía a las hermanas:*

⁹⁵ Berengario, o.c., p. 43.

⁹⁶ Testigo 45, p. 277.

⁹⁷ Artículo 126, p. 20.

⁹⁸ Testigo 38, p. 147; Testigo 39, p. 233.

⁹⁹ Testigo 39, p. 259.

“Venid, venid, que ya ha llegado nuestra peregrina”. La peregrina se llamaba Margarita y era de Provenza. Y Clara habló con ella de Dios y de las cosas espirituales hablando en la lengua de la peregrina. Y esta testigo le oyó decir a Clara que entendió todo lo que le había dicho¹⁰⁰.

Por otra parte, conocía a las personas que estaban por llegar al monasterio y sus intenciones, además de asuntos personales de su vida. También conocía el corazón e intenciones de las religiosas de su convento. Veamos algunos ejemplos.

Dice sor Marina: ***Un día, dos de las servidoras salieron del monasterio para traer cerezas por mandato de sor Clara, pero ellas fueron a visitar a la hermana de una de ellas que se acababa de casar, quien les enseñó los vestidos de novia y otras cosas mundanas. Al regresar al convento, Clara les dijo todo lo que habían hecho y las reprendió, ordenando que aquellas cerezas no fueran comidas en el monasterio. Otro día, las mismas fueron por pan a casa de un familiar de esta testigo, quien las invitó a beber algo con ella contra el mandato de la Priora y contra las costumbres del monasterio. Al volver, Clara las reprendió igualmente¹⁰¹.***

Una novicia hacía una exagerada penitencia, demasiado dura para el cuerpo. Clara no podía saberlo sin revelación divina. La llamó y la reprendió en secreto. La novicia comprendió que, siguiendo y obedeciendo sus consejos, rechazaba mejor las tentaciones del demonio con una pequeña penitencia que como lo hacía antes. La misma novicia tenía un pecado secreto que no había revelado ni al confesor. Clara se lo descubrió y la novicia se arrepintió e hizo penitencia¹⁰².

Cuando alguna hermana tenía alguna tentación o pensamiento contra Dios, la misma Clara la hacía llamar y, cuando llegaba, le manifestaba lo que pensaba y la corregía a solas¹⁰³.

Cuando tenían Capítulo o reunión de Comunidad, les decía: “Yo sé cuáles son las tentaciones y pensamientos que algunas tienen. No quiero nombrarlas, pero procuren corregirse¹⁰⁴.

¹⁰⁰ Testigo 1, p. 49.

¹⁰¹ Testigo 38, p. 137

¹⁰² Berengario, o.c., p. 62.

¹⁰³ Artículo 87, p. 13.

¹⁰⁴ Testigo 1, p. 45.

Esta testigo (sor Juana) oyó decir a Clara que cierto hombre de Spoleto iba a venir al monasterio con engaños. Ella les previno a las religiosas para que le respondieran con cautela y discreción. Y el día que predijo Clara, vino ese hombre al monasterio y habló con una religiosa, que ya está muerta, y le habló al principio de cosas espirituales para después inducir la a una secreta familiaridad. Esa hermana tuvo algunos pensamientos ocultos y Clara le reveló a dicha hermana lo que pensaba¹⁰⁵.

Un tal Cepto de Spoleto hablaba con cierta religiosa y, hablando de cosas espirituales, llegaron a tal familiaridad que se tomaron de la mano. Esto ocurrió en Spoleto. Y Clara, que estaba en Montefalco, lo supo por divina revelación y mandó llamar a aquel hombre y le dijo lo que había dicho y hecho con la religiosa en Spoleto. Y el dicho Cepto prometió enmendarse¹⁰⁶.

Una religiosa del convento, de nombre Inés, que decía tener visiones, un día le reveló una a Clara, pero ella le respondió, estando esta testigo presente: “Esa no es una visión divina sino una ilusión del demonio”¹⁰⁷.

Un fraile franciscano guardaba en su corazón un secreto reprochable y peligroso para su salvación. Pero no quería hablar de ello con Clara. Y Clara le dijo: “¿No tienes nada que decirme?”. Él respondió que no. Y Clara le dijo: “Veo que tienes algo que decirme. Siéntate un poco más”. Y ella le dijo: “Pobre hombre, tú escondes hace tiempo en tu mente un pensamiento malo y quieres escondérmelo como si yo no lo supiese”. Y comenzó a decirle lo que pensaba. Maravillado, reconoció humildemente su culpa y reconoció que Clara había dicho la verdad. Así fue liberado de la tentación¹⁰⁸.

Alexio de Spoleto fue con el abad de san Erasmo al monasterio, queriendo hablar con sor Clara. La hermana portera fue a llamar a Clara. Clara llegó a la reja, que tenía un paño negro para no poder ver, y dijo: “Bienvenido sea el señor abad.” El abad, queriéndole engañar, respondió: “¿Cómo sabe que soy el abad de san Julián?”. Clara contestó: “Usted no es el abad de san Julián, sino el abad de la casa de los hijos del señor Ruggero”, como era en verdad. El abad se quedó admirado y le dijo: “Hermana Clara, le ruego que me diga alguna palabra para mi provecho espiritual, porque tengo mucha fe en ti”. Y Clara le aconsejó: “Deja ese pecado en el que vives continuamente”. ¿Cuál es?, respondió él. Te ruego que dejes a la concubina que tienes y usa bien los beneficios que tienes.

¹⁰⁵ Ib. p. 43.

¹⁰⁶ Ib. p. 46.

¹⁰⁷ Ib. p. 47

¹⁰⁸ Berengario, o.c., p. 66.

Y añade el testigo Alexio: Le dijo otras muchas cosas, estando yo presente, para su corrección. Y el abad con lágrimas, le dijo: “Dices la verdad, procuraré dejarla y corregirme”. Alexio dice que era familiar suyo y vecino suyo, pero nunca había ni pensado en nada malo de él. Al poco tiempo, dejó la concubina y se quedó con los hijos¹⁰⁹.

En la “*Relación de los tres cardenales*” se dice: *A los capellanes y confesores del monasterio, que deseaban tener cierta familiaridad con alguna religiosa y cuya conversación podía ser peligrosa para ella, inmediatamente los hacía despedir, intimándolos a no volver¹¹⁰.*

DEFENSORA DE LA FE

La fe de Clara no sólo se basaba en las enseñanzas recibidas por tradición. Ella tenía experiencia personal de las verdades fundamentales de la fe católica. Ya hemos hablado anteriormente cómo cuando era niña Jesús se le aparecía, junto con la Virgen María y ella quería jugar con Él. El día de su primera comunión se le presentó, la consoló y la besó. Por eso, procuraba comulgar todas las veces que le daban permiso los confesores. Sor Marina dice *que muchas veces al año se confesaba y muchas veces al año también, especialmente en las fiestas, recibía con mucha devoción el cuerpo de Cristo, tanto estando sana como enferma¹¹¹.*

Un día conversaba con sor Marina sobre el sacramento de la eucaristía y le preguntó: “¿Crees que en la hostia consagrada está el cuerpo de Cristo?”. Marina respondió: “Lo creo”. Y Clara le dijo: “Yo también lo creo. Hubo un tiempo en que lo creía por fe, pero ahora lo creo con certeza y no por fe”. Y, al preguntarle Marina de qué manera, le respondió: “En una visión, el Señor me reveló cómo la sustancia de pan y de vino, en un abrir y cerrar de ojos, a las palabras del sacerdote, se transforman en el cuerpo y sangre de Cristo”... Esta visión la tuvo mientras oía misa en el oratorio¹¹².

Tenía tanta fe y confianza en su esposo Jesús que a su hermano Francisco, que le sugería reforzar las puertas con cerrojos por si venían los ladrones, le

¹⁰⁹ Testigo 72, p. 354-355.

¹¹⁰ Sala Rosario, *Il governo di santa Chiara e le sue difficoltà*, Atti del I Convegno di studio, 8-10 agosto, 1985, p. 195.

¹¹¹ Testigo 38, p. 150.

¹¹² Berengario, o.c., p. 85.

respondió: ***Tengo tanta fe y confianza en Jesucristo que Él me defendería con su poder de esos ladrones y no me harían daño ni a mí ni a mis hermanas***¹¹³.

Precisamente, porque su fe era fuerte y firme no podía soportar a los herejes que, bajo capa de espiritualidad, querían corromper a sus hijas. Su hermano Francisco afirma que él le oyó decir que ***para defender la fe, estaba dispuesta a morir mil veces***¹¹⁴.

Estando cierta vez en oración, vio una oscuridad más oscura que la noche y más que cualquier oscuridad que pueda decirse o pensarse. En aquella oscuridad vio muchas personas religiosas y seglares que tenían un crucifijo. Iban a ese crucifijo y del crucifijo salía un cierto calor con un placer pésimo, porque toda aquella dulzura y deleite se convertía en pésimo placer carnal. Esas personas creían que tenían raptos espirituales y se creían santos y libres, porque actuaban sin remordimiento, haciendo actos carnales¹¹⁵. Estas personas eran las que en el futuro se llamarían “hermanos del espíritu de libertad”.

Estos herejes se creían más santos que los demás y, mezclando mística y lujuria, predicaban que el alma no puede pecar y cometían los más grandes pecados sin remordimiento; ellos decían con “libertad”. Por eso, se llamaron del espíritu de libertad.

El principal predicador de esta doctrina era fray Bentivenga, llamado el apóstol, que tenía fama de santo. Un día, Clara le dijo a su hermano Francisco que sentía que iba a venir a hablar con ella una persona que le infundía mucho temor. Cuando vino fray Bentivenga con su discípulo Santiago, sintió que era él quien le hacía sentir tanto temor. ***Él le dijo: “Clara, ¿cómo estás?”. Respondió: “De parte de Dios bien, pero de mi parte, estoy llena de pecados”. Entonces él le preguntó: “¿Puede un alma y un hombre o mujer hacer algún pecado?”. Insinuando que el hombre o mujer no pueden pecar.***

Clara le respondió: “¡Miserable y ciego!” No podía creer que tanta iniquidad y maldad pudiera encontrarse en un hombre.... No podía creer que todos los demonios del infierno enseñaran una doctrina de tanta maldad, que haciendo los peores pecados creen que no están pecando... Al oír esas palabras, fray Bentivenga se reía muy fuerte y se mofaba de ella, a quien consideraba tonta e ignorante. Consideraba que él estaba en un estado superior, porque podía pecar sin remordimiento alguno¹¹⁶.

¹¹³ Testigo 45, p. 273.

¹¹⁴ Testigo 45, p. 291.

¹¹⁵ Testigo 45, p. 280.

¹¹⁶ Testigo 45, pp. 287-288; Berengario, o.c., pp. 77-80.

Sor Tomasa aclara en su informe que Bentivenga creía que su fe era mejor que la de Clara. Y le dijo: *“Si yo pudiera predicar sin temor, convertiría a todo el mundo”*. A lo que Clara respondió: *“¿Por qué no predicas?”*. Y él contestó: *“Porque tengo miedo”*. Entonces Clara le respondió: *“Yo no tengo miedo de predicar la fe que Dios me ha dado por todo el mundo, luego mi fe es mejor que la tuya... Y Clara ordenó a las hermanas que no hablaran con dicho Bentivenga”*¹¹⁷.

Sor Juana anota que Clara, *llevada de su gran deseo de defender la fe, le habló a fray Andrés de Perusio, que era inquisidor, cuando vino un día al monasterio, para que Bentivenga fuera amonestado por sus errores... Y esta testigo le oyó a Clara que pidió a otras muchas personas que procuraran castigarlo para que se enmendara. Entre estas personas, recuerda a Bernardo de Pensauro y Santiago de Collefiorito... A Bernardo le pidió que fuera al cardenal Napoleón, que entonces era legado, para que tomara preso a Bentivenga y lo castigara para que desapareciera su error*¹¹⁸.

Ese celo de Clara por la salvación de las almas, la llevó a ello, porque ella sabía muy bien, por las revelaciones recibidas del Señor, que aquella doctrina del espíritu de libertad hacía mucho daño a las almas.

PROMOTORA DE VOCACIONES

Clara vivía su fe en plenitud y defendía a sus religiosas de todos aquellos que pudieran desanimarlas en su vocación y promovía las vocaciones en quienes intuía la llamada de Dios. Incluso recibía jóvenes sin dote, si las veía con buena vocación, a pesar de no ser costumbre y recibir críticas, como alguna vez sucedió. También promovía las vocaciones para religiosos en distintas Órdenes.

Ya hemos hablado de Conrado, el hermano de sor Tomasa, a quien curó y quien después se hizo religioso franciscano.

Sor Juana le oyó decir a Clara unos cuatro años antes de su muerte: *Me parecía ver un retoño que estaba fuera de las puertas del monasterio y quería ser trasplantado dentro. Sor Iluminada, hermana servidora, quería que se secara para no ser trasplantado. Esta testigo le dijo que había venido una joven mujer de nombre Bigola, que quería ser recibida como servidora del convento,*

¹¹⁷ Testigo 39, p. 225.

¹¹⁸ Testigo 1, p. 58.

que habló con sor Iluminada y esta le dijo que no podía ser recibida. Bigola se había ido triste y llorando. Entonces, Clara le dijo, sé que se perderá si no se le ayuda, porque me parece que ese retoño quería secarse si no se trasplantaba dentro del convento. Ese día, les habló a las hermanas de esta visión y todas consintieron en recibirla. Y ese mismo día Bigola fue recibida como una hermana servidora¹¹⁹.

Dice Berengario que a uno que había persuadido a un primo suyo a dejar la vida religiosa, cosa que fue para ella muy dolorosa, le habló con dulzura y rogaba a Dios por él por haber causado tanto daño¹²⁰.

Por supuesto que serían muchos los casos en que animó a diferentes personas a tomar el camino de la vida religiosa, si veía que realmente tenían vocación. Y trató siempre de defender a aquellos que habían tomado este camino y estaban desanimados, para que siguieran fieles en el camino del Señor.

LA PASIÓN DEL SEÑOR

Una de las características más importantes de la vida de santa Clara es su devoción a la pasión del Señor. Era tanto su amor a Jesús que meditaba frecuentemente en los sufrimientos que había soportado por nosotros. Muchas veces, cuando meditaba en la pasión era tanto su amor por Jesús que se quedaba extasiada.

Según afirma sor Tomasa: *Dios le reveló la pasión como si hubiera estado presente, cuando Cristo fue crucificado¹²¹. La testigo dice que ésta es la verdad, porque se lo oyó a Clara; quien le dijo, que había visto una turba de judíos, gritando contra Él, todo tal como sucedió realmente en la pasión¹²².*

Y esta testigo afirma también que, cuando oía leer o hablar o predicar de la pasión, se conmovía mucho y lloraba. Clara les hablaba frecuentemente a las hermanas de la pasión, aconsejándoles que meditaran en ella¹²³.

Algo que le impresionó mucho y que le ayudó a meditar en la pasión fue lo que le dijo una santa mujer llamada Inés: *Bienaventurada el alma que, cuando bebe, contempla en la taza el corazón de Cristo. Bienaventurada el*

¹¹⁹ Testigo 1, p. 56.

¹²⁰ Berengario, o.c., p. 57.

¹²¹ Artículo 49.

¹²² Testigo 39, p. 195.

¹²³ Testigo 39, p. 193.

*alma que en el plato de comida contempla las llagas de Cristo. Bienaventurada el alma que para ver las cosas pasajeras, se sirve de los ojos de Cristo. Bienaventurada el alma, cuyo espejo es el rostro de Cristo y bienaventurada quien se alimenta del cuerpo de Cristo*¹²⁴.

A partir de ese día, procuraba ver en todas las cosas algo referente a la pasión de Cristo y estar permanentemente unida a Jesús para consolarlo.

Dice Berengario que un día tuvo *la visión de un hermoso cordero con cara de niño que estaba en sus brazos. El cordero tenía la cara más blanca que la nieve y su cabello era más suave que la seda. El cordero la miraba y Clara recibía una indecible dulzura y amor de los ojos del Cordero. Después, el cordero bajó a una fosa profunda en la que había una vara muy alta. El cordero, levantado, como sosteniéndose en la vara, decía: “Vosotros los que os sentáis en las abundantes mesas, volveos a mirar al cordero que llevó la cruz”*¹²⁵. Con esta visión, entendió que Jesús, el cordero de Dios, le decía que para amarlo había que renunciar a muchos gustos mundanos y seguirlo con la cruz a cuestas. Y eso es lo que hizo toda su vida.

Su hermano Francisco narra en el proceso una visión de Clara. Que a él le contó su sobrina Juana y que Clara había mantenido secreta durante siete años. *Un día, estando en oración, se le apareció Cristo con la cruz en el hombro. Esa cruz era de tal longitud y anchura como lo fue la verdadera cruz en que Cristo fue crucificado. Y Clara le dijo: “¿Señor, qué es esto?” Jesús le respondió: “Estoy dando vueltas y no he encontrado un lugar donde pueda colocar esta cruz, pero este es el lugar más apto para ponerla”. Y desapareció. Clara le dijo a Juana que desde ese momento sintió la cruz de Cristo en su corazón. Y Juana le dijo a este testigo: “Hermano Francisco, Clara dijo muchas veces que tenía la cruz de Cristo crucificado en su corazón”*¹²⁶.

ÚLTIMA ENFERMEDAD

Estando Clara en su última enfermedad, estuvo una vez diez días seguidos de raptos o elevación espiritual. *Uno de los días, antes de la fiesta de san Lorenzo del año de su muerte, le dijo a esta testigo: “Juana, ¿quiénes son esas gentes? Sácalos de aquí”. La testigo hizo sobre ella la señal de la cruz. Y Clara le dijo: “¿Por qué me signas? Yo tengo a Jesucristo crucificado en mi*

¹²⁴ Testigo 39, p. 194.

¹²⁵ Berengario, o.c., p. 34.

¹²⁶ Testigo 45, p. 295.

corazón”. Y estas palabras las dijo otras veces... Esta testigo creía que se refería al recuerdo de la pasión de Jesucristo, pero, cuando fue abierto el corazón de Clara y encontraron las señales de la crucifixión, entendió que se había referido al crucifijo que tenía en su corazón. Otro día, le preguntó la testigo a Clara si tenía miedo. Ella respondió: “No tengo miedo, porque llevo a Jesucristo crucificado en mi corazón”. Mandó salir a las otras hermanas y se quedó sola con esta testigo en su celda y Clara empezó a cantar dulcemente y a alegrarse. Decía: “Amor mío, Jesucristo, que me miras con una mirada tan pura y me atraes a Ti, mi alma no puede contenerse de ir hacia ti”. Uno de aquellos días una hermana le llevó cierta cruz a su celda. Y dijo Clara: “¿Por qué has puesto esa cruz ahí? Yo llevo la cruz en mi corazón”¹²⁷.

Uno de sus últimos días, pidió a las hermanas que rezaran por ella algunas horas canónicas que ella había omitido a causa de su enfermedad. Cuando las hermanas todavía no habían terminado, conoció que Dios le había perdonado todos sus defectos y vio la gloria celeste que le tenía preparada. Considerando con estupor tanta belleza, con gran alegría y fervor, exclamaba: “Señor, es demasiado, es demasiado el gran premio del paraíso”¹²⁸.

El día de la fiesta de la Asunción de María por la tarde, hizo que se reunieran todas las hermanas en su celda y les dijo: “Os ofrezco mi alma y os ofrezco a vosotras, para que seáis bendecidas por Dios y por mí. Y os ruego, hijas mías, que os comportéis bien. Sed humildes y obedientes y sed mujeres que alegren al Señor”. Esa misma tarde recibió la santa unción... Parecía que hablaba con los santos y ángeles... Mandó llamar a su hermano carnal Francisco, quien, al venir, creyó que no estaba tan grave y quería regresarse a su convento, pero ella le dijo que si se iba, no la volvería a ver.

En los últimos momentos, ella miró a esta testigo. Después, elevó un poco los ojos y el rostro como acostumbraba hacer cuando tenía elevaciones en Dios, y manifestó una gran alegría. De pronto, una hermosa claridad llenó su rostro. Y, cuando se desvaneció la luz, ella se fue (murió) con aquella claridad. Algunos de los presentes no creyeron que había muerto, porque no hizo como suelen hacer los difuntos: inclinar la cabeza y el cuerpo, ni volteó los ojos. Se quedó toda recta, sentada como si estuviese sana¹²⁹.

Clara murió a los 40 años de edad, el sábado 17 de agosto de 1308, a la hora en vísperas.

¹²⁷ Testigo 1, pp. 72-73.

¹²⁸ Berengario, o.c., p. 102.

¹²⁹ Testigo 1, pp. 74-75.

LAS EXEQUIAS

Al día siguiente de su muerte, el domingo 18 de agosto de 1308, se celebraron las exequias, a pesar de que no se iba a enterrar, pues su cuerpo quedó a partir de ese día sobre el pavimento para la veneración de los fieles, que iban a tocar el ataúd para pedir milagros. La predicación de las exequias estuvo a cargo de un gran amigo de Clara, el franciscano Santiago de Bonzio. Él tenía una hermana, Margarita, en el monasterio y en un momento de crisis, en que pensaba retirarse de la vida religiosa, fue animado por Clara a seguir adelante.

Era uno de sus más fervorosos discípulos y acudía frecuentemente al convento a conversar con ella y pedirle consejo y luz para cuestiones teológicas difíciles.

El biógrafo Berengario nos dice sobre Santiago de Bonzio: *Subido al púlpito y, llevado por el fervor de una incontenible inspiración, se puso a alabarla con todas sus fuerzas. Habló con grandes alabanzas de su vida y de su muerte y no pudo decir nada de lo que tenía preparado. Hablaba de Clara como si fuera una santa sin haber tenido antes ninguna intención... Y lo hizo con más elocuencia y fervor que, si se hubiese tratado de un santo. Los religiosos venidos de distintas Órdenes y, en especial sus hermanos franciscanos, comenzaron a murmurar, porque consideraban que se estaba extralimitando en sus elogios, manifestando su descontento.*

El predicador, dándose cuenta de su fastidio, no dejaba de alabarla según le inspiraba el Señor. La comparaba con una estrella, con la luna, con el sol o con un ramo de flores... Al final, sin haberlo pensado, concluyó diciendo: "La beata Clara no tiene necesidad de nuestras buenas obras o de nuestras plegarias, pero nosotros sí tenemos necesidad de su ayuda. Pidámosle que interceda por nosotros ante el Señor".

Los hermanos de su convento, por esta prédica y otras parecidas, le decían palabras punzantes. Él comenzó a sentirse mal y se decía: "He ocasionado reprobación y escándalo en mis hermanos y no sé si he agradado a Dios y a su santa Virgen". Un día, en que estaba más atribulado, no pudiendo soportar las palabras de sus hermanos, se fue a su celda y se sentó en su lecho. Y he aquí que, mientras estaba adormecido, la virgen Clara entró resplandeciente de luz en su celda y sentándose frente a él con rostro alegre, le habló diciéndole: "Mírame y dime, si te parece demasiado lo que has dicho de mí en tus predicas".

De pronto, del resplandor de Clara salió una chispita que le tocó el alma y lo llenó de una fuerte unción espiritual. En ese momento, recordó lo que había dicho en las prédicas y respondió a Clara: “Ciertamente, es poco lo que he dicho de ti”. Y Clara, sonriendo, añadió: “Sí, cuanto has dicho ha sido poco”... El alma del hermano, iluminada por la luz que recibía de Clara, veía la gloria de Clara elevarse hacia lo alto y superar muchos coros de ángeles... Entonces, Clara le tocó la mejilla en su sueño y le dijo: “Mira y ve si soy bella”. Y el fraile respondió: “Eres de admirable belleza, santa virgen”... El hermano, recibiendo tanta consolación y familiaridad, comenzó a mirarla atentamente, viendo su luminosidad y transparencia. Clara le ordenó referir y escribir la visión al Superior del convento de franciscanos de Montefalco, que le era contrario¹³⁰.

LAS SEÑALES DE LA PASIÓN

Sor Francisca de Gualterio afirma que el mismo día de su muerte las religiosas acordaron conservar el cuerpo de Clara en virtud de su santidad. Sor Francisca de Ermanno con Iluminada, Marina y Elena fueron a abrir su cuerpo.

Francisca lo abrió por la parte posterior y extrajo los intestinos y, sacando el corazón, lo pusieron en un recipiente, y los intestinos los enterraron en el oratorio aquella misma tarde. Al día siguiente domingo, después de vísperas, la misma sor Francisca con Margarita, Lucía y Catalina fueron a tomar el corazón que estaba en el recipiente y Francisca lo abrió y encontraron en el corazón la imagen de Cristo crucificado. Entonces, Margarita fue llamando a todas las hermanas del monasterio, diciendo: “Venid, porque se ha encontrado una cruz en el corazón de Clara. Y Francisca puso el corazón en las manos de sor Juana, entonces abadesa¹³¹.

Francisca, a insinuación de la abadesa siguió buscando y encontró un nervio fuerte con cinco nervios pequeñitos que tenían nudos y estimaron que era el flagelo o látigo¹³².

Sor Juana afirma que *ella ordenó que extrajeran el corazón de su cuerpo y permitió que otras hermanas lo hicieran. Ellas fueron Francisca de Ermanno, Marina, Iluminada, Catalina y Elena. Francisca extrajo el corazón*

¹³⁰ Berengario, o.c., pp. 114-118.

¹³¹ Testigo 67, p. 339.

¹³² Ibídem.

*con un cuchillo parecido a una navaja de afeitar. Y en el corazón encontraron los signos de la pasión*¹³³.

*Y esta testigo (sor Juana) vio el corazón abierto y dentro del corazón vio la cruz o imagen del crucificado. Y las animó a las hermanas a ver si había algo más en el corazón. Y encontraron el flagelo o látigo con cinco cordeles*¹³⁴.

*Y, después de ocho días, encontraron la columna y los otros signos de la pasión. La cruz era como un cuerpecito humano, no bien formado, pues los brazos no tenían los dedos bien formados y tenía una abertura en el lado derecho bajo el brazo, que semejaba a una llaga, pero los pies no estaban con dedos. El látigo era como un nervio duro como un bastoncito que tenía cinco cordeles con nudos. La columna estaba erecta y fija en la carne del corazón*¹³⁵.

*Muchos testigos que vieron el corazón creyeron ver un cuerpo humano en el crucifijo que tenía una abertura como si representase la llaga del costado de Cristo. Consideradas todas las formas de la cruz, parecía que representaba a Cristo en la cruz más que una simple cruz. El señor Tederico, entonces militar en Orvieto y que poco después entró en la Orden del predicadores, el señor Bartolo, juez de Perugia, y otros testigos dignos de fe, afirmaron haber visto y reconocido en la cruz una figura humana*¹³⁶.

También se encontraron tres piedras. Dice sor Juana que oyó a sor Francisca decir: *He encontrado tres cosas duras y redondas en la vejiga de la hiel. El médico dijo que eso era una gran novedad, que eso no era normal. Y para saber si las piedras eran solidas o coágulos de sangre, echaron vino en las manos de la hermana que tenía las tres piedras y encontraron que eran duros y sólidos*¹³⁷. Estas tres piedras duras e iguales con el mismo peso, todos consideraban que simbolizaban a la Santísima Trinidad.

Su hermano Francisco declaró en el proceso: *En su corazón fue encontrada la cruz del Señor Jesucristo como ella había predicho muchas veces a sus hermanas de viva voz. Y el mismo día que lo abrieron me lo llevaron al lugar de los hermanos Menores de Montefalco y tomé en mis manos su corazón y con mis ojos vi la cruz como un cuerpecito humano y, después, vi el flagelo y lo toqué con mis manos y lo vi con mis propios ojos. Y ese corazón con la cruz y el flagelo lo mostré cientos de veces a las mujeres y*

¹³³ Testigo 1, p. 85.

¹³⁴ Testigo 1, p. 86.

¹³⁵ Ib. p. 87.

¹³⁶ Berengario, o.c., p. 109.

¹³⁷ Testigo 1, p. 90.

hombres que venían... Y vi en ese corazón los tres clavos y la lanza hecha a modo de flecha, y vi la caña con la esponja y la columna y todo el misterio de la cruz, mientras lo mostraba a las gentes¹³⁸.

Un día, mostraba las señales de la pasión a la gente. A una joven mujer de Gualdo, ducado de Spoleto, le puse en el ojo el vaso de vidrio en el que estaban las tres piedrecitas. La mujer tenía el ojo blanco y no veía nada. Y, al imponerle el vaso de vidrio, fue sanada¹³⁹.

El biógrafo Berengario afirma: *La tarde del día siguiente, domingo, fue abierto el corazón de la virgen Clara en el que se encontró el tesoro de la cruz y, aunque ocultos, también estaban las señales de la pasión de Cristo. En su corazón había nervios duros, que representaban la cruz, los tres clavos, la lanza, la caña (con que dieron de beber a Jesús), la columna (de la flagelación), el látigo con cinco cordeles y la corona (de espinas). Y en la vejiga de la hiel tres piedras redondas de color oscuro que representaban de modo creíble a la Trinidad¹⁴⁰.*

La cruz y el flagelo o látigo fueron sacados del corazón, las restantes señales quedaron dentro y se pudieron ver muy bien durante dos meses hasta que se quedó más seco el corazón. La cruz y el flagelo, aún hoy, persisten colocados en un relicario.

El cuerpo de Clara estuvo expuesto a la veneración de los fieles desde el sábado que murió hasta el miércoles siguiente. Las hermanas estaban preocupadas, porque hacía mucho calor en pleno agosto y podría podrirse el cuerpo y tener mal olor. Mandaron recados con insistencia a Tomás de Bartolomé, vendedor de especias, para que trajese bálsamo, mirra y otros conservantes, pero nunca se presentó por el monasterio. Al cuarto día, miércoles, fue colocado el cuerpo en un túmulo de ladrillos y empezó a sentirse una suave fragancia como atestiguaron varios testigos.

Sor Marina afirma que *Clara murió como si quedara dormida. Su cuerpo estuvo desde el día de su muerte, sábado, hasta el miércoles sin ponerle ninguna sustancia para conservarlo. Y muchas personas decían que el cuerpo, no sólo estaba bien conservado de la corrupción, sino que exhalaba perfume¹⁴¹.*

¹³⁸ Testigo 45, p. 296.

¹³⁹ Testigo 45, p. 299.

¹⁴⁰ Berengario, o.c., p. 108.

¹⁴¹ Testigo 38, p. 153.

La noticia de lo que había sucedido en el corazón de Clara llegó a los cardenales de Roma. Los cardenales Pedro Colonna y Santiago Colonna, habían conocido a Clara y la habían estimado mucho. Santiago le había regalado un dedo entero de santa Ana, madre de María, como señal de amistad. Este dedo todavía puede verse incorrupto y parece el dedo de una persona viviente. Pedro había sido recibido como oblato del convento por la misma Clara. Y ellos, con el cardenal Napoleón Orsini, pidieron que les fuese enviado el corazón de Clara a Roma junto con las tres piedras, símbolo de la Trinidad¹⁴².

En Roma fueron examinados el corazón y las piedras en noviembre de ese mismo año 1308, en unión con muchas personas notables y dignas de fe, entre los que estaba Ubertino da Casale, entonces capellán de Napoleón Orsini. Ubertino había visitado algunas veces a Clara en su convento para exponerle altas cuestiones teológicas y en esta circunstancia, al ver que algunos no creían en que estos hechos fueran milagrosos, le pidió a Clara que lo sanara de una hernia inguinal que padecía de muchos años. Así sucedió al instante, delante de todos los presentes, para gloria de Clara y fortalecimiento de la fe¹⁴³.

PROCESO CIVIL Y RELIGIOSO

El día 22 de agosto, a los cinco días de la muerte, las principales autoridades civiles y eclesiásticas de Montefalco con gran multitud de personas llegaron a la iglesia del monasterio de la santa Cruz para ver lo que había pasado, pues ya se había corrido la noticia de las señales encontradas en su corazón. Mucha gente no pudo entrar en la iglesia y se quedó en el claustro o en el camino exterior. Las religiosas, con el medico del convento Simón de Spoleto, fueron obligadas a jurar que en los prodigios encontrados en el cuerpo de Clara no había habido ninguna intervención humana ni engaño alguno. Estos juramentos fueron registrados con todas las formalidades jurídicas y, aunque todo fue realizado a iniciativa de las autoridades civiles, puede ser considerado como la primera investigación.

Más tarde, llega la investigación eclesiástica. Resulta que a los tres días de la muerte de Clara, fray Pedro de Salomón, el conocido enemigo del convento, había corrido a visitar al vicario episcopal Berengario di Donadio, que estaba al frente de diócesis, dado que el obispo de Spoleto se encontraba en la curia papal de Aviñon, en Francia. Pedro de Salomón le puso en guardia, diciendo que todo

¹⁴² Semenza, *Vita sanctae Clarae de Cruce Ordinis Eremitarum sancti Augustini*, Città del Vaticano, 1994, p. 72.

¹⁴³ Ib. p. 72.

lo que hablaban de las señales encontradas en el corazón eran engaños o cosas fraudulentas. Berengario, lleno de indignación y sospechando que habían hecho algo maliciosamente, se acercó a Montefalco para proceder a una investigación.

Procuró ser acompañado por distintos religiosos, jueces, abogados y rectores de Iglesia para ir al monasterio y hacer la investigación correspondiente. Llegado al convento, se hizo traer el corazón de Clara para examinarlo, reconociendo que las señales misteriosas de la pasión de Cristo se habían realizado, no por artificio humano, sino por milagro divino¹⁴⁴. De este modo, Berengario de inquisidor riguroso, se transformó en un apasionado defensor de la santidad de Clara.

Él mismo nos dice: *Inicié las investigaciones, pero un día algunos de mis colaboradores me llamaron la atención por ocuparme de tales asuntos con más celo que de los intereses de la curia. Entristecido por ello, la tarde de ese mismo día entré en la capilla de san Juan, contigua a mi habitación, y comencé a reflexionar sobre la investigación comenzada y las recriminaciones recibidas. Estaba de pie en medio de la capilla, sin ningún apoyo, frente al altar. La capilla estaba bien iluminada con lámparas encendidas. De pronto, vi tres esferas negrísimas terribles que avanzaban, girando sobre sí mismas, hacia mí hasta tocar y mover mi ropa. Parecía que reforzaban la tentación de abandonar el trabajo comenzado. A la vez, surgían en mi interior muchas razones, cada una de las cuales parecía ser suficiente para suspender el trabajo y destruir lo que ya había hecho. Parecía que me decían: “Tus colaboradores y administradores y el mismo obispo se escandalizan de esta investigación y no pueden soportar que tú descuides los asuntos temporales de la curia... Así tú te harás desagradable al obispo y a otras personas mezclándote en estas cosas que no son de tu oficio.*

Es oficio exclusivo de la Iglesia romana canonizar a los santos y examinar su vida y milagros: ¿Acaso te has olvidado que dos reyes de Francia, durante 40 años con todo su poder, apenas lograron obtener la canonización del rey Luis, (Luis IX, muerto en 1270) que resplandeció con tantos milagros?

Cansado, aun físicamente, por esta lucha interna apenas podía sostenerme de pie. Casi vencido por las tentaciones, me propuse interrumpir el trabajo comenzado y de destruirlo o quemarlo aquella misma noche. Entonces, recé: “Señor Dios, te pido de mostrarme tu voluntad para que sepa qué debo hacer, porque ni de esta Clara ni de ninguno me ocuparía si no estoy convencido de hacer tu voluntad”. Apenas terminé de decir estas palabras, se

¹⁴⁴ Positio super miraculis, Roma, 1881, parte II, summarium, p. 175.

me apareció santa Clara vestida de blanco con hojas de lino de color violáceo como si fuese una dalmática diaconal y con fajas adornadas de seda. La cabeza y el cuello estaban cubiertos de un velo blanco. En esta aparición, la virgen (santa clara) no me miró ni me dijo una palabra, ella estaba de rodillas como si orase sin volver la cabeza. Y, después de estar así unos momentos, desapareció.

Cuando se me apareció, me fue dicho en mi mente con unción espiritual y grandísima consolación: “Ella es Clara”. En ese mismo instante, desapareció la tentación y mi mente quedó en paz y tranquila. Y las horribles esferas no se atrevieron más a aparecerse ni a tentarme. Conocí en aquella visión que las esferas eran demonios que me habían tentado y mi alma quedó llena de una gran dulzura espiritual, e iluminada de tanta luz que conocí cuál era la voluntad de Dios. De modo que comencé las investigaciones, examiné a algunos testigos y de sus testimonios escribí cuanto sigue¹⁴⁵.

A los diez meses de la muerte de Clara, el 18 de junio de 1309, Berengario obtuvo del obispo de Spoleto, Pedro Paolo Trinci, la delegación para comenzar las investigaciones sobre la vida y virtudes de Clara. Para esta tarea citó a Francisco de Damián, hermano carnal de la santa, que era lector en ese tiempo en el convento de los frailes menores de Foligno, a fray Santiago de la misma Orden, a fray Angelo, prior del convento de agustinos de Montefalco, a Pedro da Gualdo, agustino; a don Bordone, vicario foráneo; a Andrea Raineiri y a Berallo, doctores en leyes de Montefalco¹⁴⁶.

El proceso comenzó el 18 de agosto de 1309 y terminó en abril de 1310. Los testimonios fueron transcritos por el notario imperial Angelo di Giovannillo de Montefalco¹⁴⁷.

La investigación debió continuar hasta 1315 para poder registrar nuevos testimonios respecto a nuevos milagros. A finales de 1316, pudo Berengario acercarse a Aviñon, donde había llegado el nuevo Papa Juan XXII, para pedir la canonización de Clara en nombre de toda la provincia de Umbría¹⁴⁸.

El Papa encargó al cardenal Napoleón Orsini que hiciera una investigación secreta sobre la vida y milagros de Clara. En ella pone la relación de doce milagros, entre los cuales está el de Ubertino da Casale. Presentó al Papa su

¹⁴⁵ Berengario, o.c., pp. 18-20.

¹⁴⁶ Piergili, *Vita della beata Chiara della Croce da Montefalco dell'Ordine di Santo Agostino*, Foligno, 1640, pp. 263-264.

¹⁴⁷ Ib. p. 264.

¹⁴⁸ Ib. p. 265.

relación en el verano de 1317. El Papa Juan XXII ordenó entonces que se iniciara el proceso apostólico. Este proceso comenzó el 6 de setiembre de 1318 en Montefalco en la iglesia de los frailes menores¹⁴⁹. El proceso duró hasta julio de 1319 con las exposiciones de 486 testigos sobre 315 artículos o cuestiones planteadas.

Y después de esta investigación, los jueces delegados enviaron al Papa todos los testimonios escritos por notarios y confirmados con sus respectivos sellos¹⁵⁰.

Entonces, el Papa delegó a tres cardenales que hicieran un examen de todo y lo presentaran en un consistorio de cardenales. Para llevar a cabo este examen pasaron diez años, debido a la gran cantidad de información y a la muerte de algún cardenal. Al final, los cardenales Napoleón Orsini, Pedro Arrenlayo y Bertrando de Turre fueron los que redactaron la llamada *Relazione dei tre cardinali*. Es la llamada *Recollectio maior* (colección mayor), que contiene 303 milagros. De ella se hizo un extracto con solo 35 milagros que se llamó *Recollectio minor* o colección menor. De los 303 milagros que habían recogido, sólo consignaron 35. Sin embargo, por circunstancias políticas o dificultades eclesiásticas, el proceso no llegó a culminar y los padres agustinos en diferentes épocas retomaron el proceso por tres veces hasta que se pudo concluir en tiempo de León XIII. El 11 de setiembre de 1881 se emitió el decreto de canonización y la solemne celebración tuvo lugar el 8 de diciembre de ese año 1881.

MILAGROS

El notario Ciappo de Spoleto, que estuvo en su cargo hasta el 1 de enero 1309, afirma que desde la muerte de Clara todos los días iba una riada de gente para pedir la curación de enfermedades y venerar su cuerpo y los signos de la pasión. Siempre que ocurría un milagro, se hacían tocar las campanas del monasterio y de otras iglesias. Y en ese tiempo, dice Ciappo, que sonaron muchas veces.

Cierto hombre de Montefalco de nombre Antonio, llamado también Romanono, diez años antes de la muerte de Clara, no podía caminar bien, porque tenía el pie, la tibia y la rodilla izquierdas impotentes y debía usar bastones. Después de la muerte de Santa Clara y por su intercesión, fue súbitamente sanado y puede ahora caminar normalmente de modo que la parte

¹⁴⁹ Ib. p. 268.

¹⁵⁰ *Relazione dei tre cardinali, relatio processus*, Archivio segreto vaticano, Proceso 683, fol 1r, II, 34-35.

izquierda quedó igual que la derecha. Todo esto es conocido en esta tierra de Montefalco. Y el mismo Antonio dijo muchas veces y aseguró que santa Clara se le apareció con gran claridad y con sus manos le sanó su enfermedad¹⁵¹.

En su mismo convento hizo Clara dos milagros. El primero a la hermana Isaya de Tomás, natural de Montefalco. *Durante casi tres meses sufrió un agudo dolor desde la cadera hasta el pie y no podía caminar si no era con bastón o apoyada en otra hermana. Después de muchas curas médicas, no hubo mejoría. Un día Juana, la abadesa, le dijo: “Isaya, haz un voto a Clara y yo lo cumpliré”. Isaya le pidió a Clara que, si era útil para su alma, que la curase de aquella enfermedad. Cuatro días después, en sueños, sintió un fuerte perfume. Lo reconoció como el que despidió Clara después de fallecida. Clara le dijo: “De mí procede este perfume”. Clara apareció deslumbrante de luz, se acercó y la besó, comenzando a pasarle la mano por todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Isaya se despertó y estaba curada. Cuando da el testimonio en el proceso, después de varios años, todavía estaba bien de su pierna¹⁵².*

La señora Gilia, esposa de Massolo Torricelle, afirma que cierto día salió a buscar a su hijo de cinco años de nombre Manentello, que había ido a un pajar de su propiedad. Como no lo encontraba, temiendo que hubiera caído en el pajar, empezó a gritar: “Santa Clara, ayúdame; santa Clara ayúdame”. Entonces, vinieron algunos hombres a levantar la paja y encontraron al niño muerto, porque no respiraba ni tenía ningún signo vital. Una vecina suya, de nombre Jacoba, hizo sobre el rostro del niño la señal de la cruz con una crucecita y con un paño de la túnica, que había usado Clara. Y el niño tomó la mano de esta testigo y llamó a su mamá. La madre le dijo: “No tengas miedo”. Y vio que el niño ese mismo día quedó restablecido, caminando por sí mismo. Y la madre gritaba y el niño le decía: “¿Por qué gritas, si estoy bien?”¹⁵³.

Pedro de Andrea afirma que *un jovencito llamado Cepto, de unos diez o doce años, estaba enfermo con ambos pies torcidos y caminaba encorvado con ayuda de muletas. Lo pusieron sobre el sepulcro de Clara, donde estuvo cerca de una hora y el niño empezó a notar que algo sucedía, lo bajaron y tenía un pie bien. Volvieron a colocarlo otra hora hasta que se vio totalmente curado. Lo hicieron caminar y acompañaron a Cepto a dejar las muletas en la misma iglesia en memoria del milagro. Y por su propio pie salió de la iglesia en dirección de su casa¹⁵⁴.*

¹⁵¹ Artículos del proceso N° 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198.

¹⁵² Testigo 38, p. 163; Testigo 39, p. 257; Testigo 67, p. 347.

¹⁵³ Testigo 40, p. 262.

¹⁵⁴ Testigo 53, p. 308

El mismo hermano de Clara informa: *Cuando yo era joven y estaba en el segundo año después del noviciado, me salió una hernia inguinal que soporté durante 16 años. Durante las exequias de Clara, abracé el ataúd donde estaba el cuerpo de Clara, pidiéndole que me sanara y quedé sanado inmediatamente y pude sacarme el cinto de hierro que usaba para la hernia. Desde entonces nunca más tuve aquel problema*¹⁵⁵.

EL CONVENTO

El convento de la santa Cruz de Montefalco con el tiempo cambió de nombre. Hoy se llama monasterio de santa Clara. Mientras Clara fue abadesa, en 1291, se preocupó de construir la iglesia monástica.

Hay un documento del 4 de junio de 1303 en el que el obispo de Spoleto envía la primera piedra bendecida para el nuevo edificio. Allí fue transportada Clara el día de su muerte y allí murió. Algunos días después, fue depositada sobre el pavimento en un lugar separado, donde permaneció hasta 1430.

El 26 de junio de 1430 fue trasladado a la nueva iglesia, construida junto a la precedente, donde se encuentra hasta ahora. Hoy, la iglesia construida por Clara, constituye la capilla de la santa Cruz y es lugar sagrado, especialmente por los numerosos milagros allí realizados por su intercesión. Esa iglesita la hizo pintar el canónigo Giovanni d'Amelio, rector del Ducado de Spoleto, desde 1322 a 1332.

La iglesia contigua grande se empezó en 1615 y se terminó hacia 1670. Un dato interesante es que hay un huertecillo pequeño, llamado el jardín de santa Clara. Al centro crecía un árbol extraño del que sólo quedan algunos retoños. En primavera se cubría de flores perfumadas con un perfume delicadísimo. De las simientes, las religiosas durante siglos hicieron rosarios. Este árbol parece sicómoro, pero no lo es. Se trata de un árbol desconocido en Italia, que crece sólo en Montefalco y cuyo nombre científico es *Meliza azedarach*, originario del Himalaya. Berengario, su biógrafo, sólo habla de que con los frutos de este árbol desconocido se produjeron milagros. Según un documento de la biblioteca vallicelliana de Roma (cod H-28, ccc. 242-243) se dice que fue plantado por la santa.

¹⁵⁵ Testigo 45, p. 299.

El ministro general de los capuchinos hizo una visita al convento en julio de 1697 y afirma: *Al final, nos dieron algunos pedazos del velo de la santa y unos granos que produce un árbol del jardín del convento, nacido de una semilla o grano que dicen le dio un ángel a la santa. Son blancos, de forma triangular.*

El obispo de Spoleto Giacinto Lascaris, en su visita pastoral de 1713, escribe: *Entramos al antiguo huerto y en él observé un árbol plantado por la santa. Las religiosas hacen macerar en agua las flores de este árbol, y el agua es bebida para recobrar la salud. El excelentísimo señor obispo bebió de esta agua*¹⁵⁶.

Veamos más datos del convento. En 1612, un desconocido, por medio del general de los padres jesuitas, donó la caja de plata y cristal donde todavía ahora se conserva el cuerpo de Clara. En 1640, un canónigo de san Pedro donó al monasterio un busto de plata en el que fue colocado y todavía se encuentra el corazón de Clara. También donó una cruz de plata con fino cristal donde fueron colocados el crucifijo de carne, el flagelo y las piedras encontradas en Clara.

En 1888, las religiosas eran sólo 8 y el municipio de Montefalco había decidido vender el monasterio, pero el Papa León XIII lo compró por 15.000 florines. Así pudo salvarse el convento que, poco a poco, fue creciendo en vocaciones. En 1880, 1912, 1968 y 1985 hubo reconocimientos oficiales del cuerpo santa Clara que se conserva incorrupto.

El doctor Pierluigi Bollone, doctor y profesor ordinario de medicina legal de la universidad de Turín afirma: *El 29 de junio de 1985 a las 12:20, en Montefalco, en el monasterio agustiniano de santa Clara de la Cruz, en una pequeña sala, en presencia de Don Tomás Chianella, delegado del arzobispo de Spoleto y de sor María Paola Pettini, Priora del monasterio, se procede a la apertura del relicario que contiene el corazón de santa Clara. En una urnita sellada se contiene un pedazo de material marroncito. Se procede a la apertura de la urnita que mide en su interior 15,5 por 8,5 cm. Se sacan tres muestras pequeñas y todo se vuelve a cerrar a la una y media de la tarde... Se hacen los exámenes. A la observación del microscopio óptico ordinario, aparece la acostumbrada estructura del miocardio común... Las condiciones de conservación de la hechura del corazón aparecen después de siete siglos verdaderamente excepcionales.*

¹⁵⁶ Nessi Silvestro, *Le colline della speranza*, Ed. Edmond, 1999, p .149.

Desde el punto de vista científico, una conservación tan excepcional lleva a la pregunta de si se hallan materiales conservantes... Pero después de las observaciones, se debe concluir que la integridad de la estructura cardíaca no parece tener relación con intervenciones de conservación artificial, sino más bien con un fenómeno de momificación espontánea... El examen microscópico de los restos del corazón permite afirmar la óptima conservación y no parece confirmarse ninguna hipótesis de que se trate de una momificación artificial¹⁵⁷.

El doctor Marco Valente, cardiólogo del hospital de la Santa Cruz de Turín, afirma que las señales de la pasión en el corazón de Clara no es algo normal, ni en un corazón sano o enfermo. Dice exactamente: *El corazón de Clara no presenta ninguna analogía a no ser en algunos aspectos marginales (dimensiones, presencia de abundante grasa...) con el corazón normal o patológico¹⁵⁸.*

BRILLANDO COMO EL SOL

Al gran santo agustino san Nicolás de Tolentino (1245-1305), contemporáneo de santa Clara, se le suele llamar el santo de la estrella, porque muchas veces se le aparecía una estrella que simbolizaba su gran santidad, que atraería hacia sí a mucha gente que vendría a su sepulcro, buscando su intercesión para obtener bendiciones y milagros de Dios. Un religioso respetable a quien Nicolás consultó sobre el significado de la estrella, le dijo proféticamente: *No hay ninguna duda de que esa estrella es un presagio de tu santidad. Y no tengo duda de que termina su recorrido donde tu cuerpo será sepultado, debido a los muchos milagros que se realizarán allí. Vendrá mucha gente de todas partes a recibir los beneficios de la salud, gente que no te había conocido y que venerarán tu tumba con indecible reverencia¹⁵⁹.*

Pues bien, del mismo modo que san Nicolás de Tolentino es una estrella celestial así Clara es una gran estrella en el cielo de la Iglesia. Dice su biógrafo Berengario: *Un día, estando Clara en oración, vio una bellísima estrella de una grandeza tan grande como si fueran tres y con el resplandor del sol en su máxima potencia. Estaba parada sobre su monasterio. Ante aquel resplandor, acudían gentes de diversas partes del mundo. Clara pensó que se refería a un*

¹⁵⁷ Pierluigi Baima Bollone, *Santa Chiara da Montefalco dove ci porta il cuore*, Ed. Ritteri, 1995, p. 123.

¹⁵⁸ Valente Marco, *Santa Chiara da Montefalco dove ci porta il cuore*, Ed. Ritter, 1995, p. 103.

¹⁵⁹ Pietro de Monterubbiano, *Historia beati Nicolai de Tolentino*, *Biblioteca egidiana*, Tolentino, 2007, pp. 127-128.

*alma santa que viviría en ese monasterio. Pero, aunque no dijo eso de sí misma, todos creyeron que la estrella la representaba a ella*¹⁶⁰.

*Un año, en las tres semanas precedentes a Navidad, estuvo en constante éxtasis, durante el cual veía continuamente al hijo de Dios encarnado. Hacia la medianoche de Navidad, vio un camino como un camin, luminoso como el sol, que bajaba de Dios y descendía directamente hacia ella. Al resplandor de aquella luz, Clara se levantó, sintiendo mucha unción espiritual. Se veía puesta en medio de la luz solar y entre los ángeles y santos que veía descender del Padre hacia ella y de ella al Padre. Sintiendo cantar a los ángeles y santos por el nacimiento del niño divino, comenzó a cantar dulcemente con ellos. Por divina revelación entendía que todos los santos respondían a su canto*¹⁶¹.

*Durante la fiesta de Navidad, de pronto, un rayo luminoso como el sol brilló en el rostro y en los ojos de Clara. Ella levantó los ojos y vio que el rayo de luz provenía del rostro de Cristo. Y en aquella luz vio al mundo entero, como si estuviese en la punta de una aguja. Cristo, sentado en el cielo, tenía sus pies junto a la tierra sin tocarla. Y amonestaba a los pecadores y bendecía a sus amigos. Después Cristo volvió al cielo y Clara reconoció a quienes había dado la bendición*¹⁶².

En el proceso se dice en uno de los artículos o cuestiones: *Una tarde, Clara había ordenado tener capítulo (reunión) de las religiosas y, de pronto, una esfera grande como media luna, hermosa y brillante como el sol, pasó delante de Clara. Clara quedó transformada con el color de la esfera y estaba como roja, con mucho resplandor, quedando en éxtasis. Por esta causa, se postergó el capítulo*¹⁶³.

Sor Tomasa confirma lo anterior en su informe durante el proceso¹⁶⁴. Clara misma, una vez, después de estar en una prolongada oración, vio aparecer sobre el lugar donde está ahora el monasterio y donde ella misma murió, una estrella como la estrella matutina y con una claridad como el sol¹⁶⁵.

Como vemos, Clara brilló en la tierra como brillará en el cielo por toda la eternidad. Nosotros nos podemos sentir orgullosos de ella y podemos pedir con confianza su intercesión para poder ser en alguna medida luz del mundo.

¹⁶⁰ Berengario, o.c., p. 68.

¹⁶¹ Ib. p. 58.

¹⁶² Ib. p. 75

¹⁶³ Artículo 64.

¹⁶⁴ Testigo 39, p. 201.

¹⁶⁵ Testigo 39, p. 203.

REFLEXIONES

Después de haber dado un repaso general a la vida de santa Clara, podemos decir sin temor a equivocarnos que fue una gran mística. Podemos considerarla como estigmatizada, porque las señales de la pasión de Cristo las llevó invisibles en su corazón de modo real y no sólo simbólico. Y, por eso, sufrió tanto en su vida como víctima de amor por la salvación de los demás.

Se preocupaba de la conversión de los herejes, promovía las vocaciones y tenía caridad y amor para todos, incluso para sus enemigos. Desde niña, tuvo mucha familiaridad y confianza con Jesús, que se le aparecía como niño y, después, como adulto. Su vida fue una entrega total y sin condiciones para consolar a Jesús y demostrarle su amor. Y Jesús no se dejaba ganar en generosidad y le daba tantas alegrías que estaba muchas veces fuera de este mundo en continuos éxtasis. Tuvo de modo admirable el don de ciencia para poder responder las cuestiones más difíciles de la teología y tenía discernimiento de espíritus para conocer el alma de las personas.

No falta en su vida el don de la bilocación y el carisma de sanar enfermos y resucitar muertos. A algunos puede parecerle exagerado su espíritu de penitencia, pero debemos pensar que todo era por amor. El sufrimiento en sí mismo no vale nada. El amor es lo que le da sentido y valor. Ella ofrecía a Dios sus mortificaciones en la comida o en el vestido y las penitencias que hacía con disciplinas y látigos, según la costumbre de aquellos tiempos.

De una manera especial, cuidó su virginidad y procuraba inculcarla en sus religiosas, a quienes cuidaba como una madre para que nadie pudiera contaminarlas de errores doctrinales o con propuestas indebidas. En esto era intolerante con los maliciosos y los expulsaba del convento, aunque oraba por ellos y los perdonaba y les enviaba alimentos.

El diablo no podía permanecer indiferente ante tanta santidad y, por eso, se le presentaba muchas veces, con permiso de Dios, para hacerla sufrir. Y ella, a veces, salía al claustro para que no oyeran nada las hermanas para así poder sufrir y triunfar de la tentación y ganar más almas para Dios. Por eso, pudo decirle a su confesor don Tomás, canónigo de Gubbio, que *con los demonios había ganado mucho*¹⁶⁶.

¹⁶⁶ Berengario, o.c., p. 73.

Por lo demás, pareciera que Jesucristo, su esposo, hubiera querido firmar con ella un pacto de amor y sellarlo con su propia sangre al imprimir en su corazón los signos de la pasión. Y ella vivió siempre fiel a ese pacto de amor que la enriqueció y que la asemejó a su esposo Jesús. Toda su vida podemos decir, fue un amar y sufrir, un gozar y sufrir, pero sabiendo que su vida de amor y sufrimiento valía la pena, porque podía salvar una infinidad de almas.

Ella vivió en carne propia los sufrimientos de la pasión, pero también vivió por experiencia las verdades de la fe, como la presencia de Jesús en la Eucaristía, el amor a María, el valor de la oración y de la penitencia y, sobre todo, el amor al prójimo como proyección de su amor incondicional a Dios. Ella fue una gran defensora de la fe, porque la vivía y nos puede enseñar a nosotros hoy que las verdades de nuestra fe son siempre antiguas y siempre nuevas y que no pasan de moda, porque *Jesús es el mismo hoy, ayer y por los siglos* (Heb 13, 8).

CONCLUSIÓN

Al terminar este pequeño resumen de la vida de santa Clara, podemos sentirnos orgullosos de ella, porque es nuestra hermana. Y Dios sigue haciendo milagros hoy como los hizo en su tiempo. Recordemos que sólo en la llamada *Recollectio maior* o colección mayor se relatan 303 milagros. Ella está viva y quiere ayudarnos. Ella, al igual que todos nuestros hermanos santos del cielo, está esperando nuestra llamada para poder ayudarnos.

Pidamos a santa Clara la gracia de amar a Jesús hasta las últimas consecuencias y de saber ofrecerle nuestra cruz de cada día; porque, si la ofrecemos con amor, puede sernos de gran provecho espiritual.

Pidamos también fe para creer, amor para amar, fidelidad a la propia vocación y fortaleza para defender nuestra fe y compartirla con los que nos rodean. Vivamos nuestra fe, centrados en Jesús presente en la Eucaristía, donde siempre nos espera como un amigo, en unión con María y de millones de ángeles que lo adoran.

Que Dios te bendiga y te haga santo. Es mi mejor deseo para ti.
Tu hermano y amigo del Perú. Saludos de mi ángel.

P. Ángel Peña
Agustino Recoleta
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre
Lima-Perú

BIBLIOGRAFÍA

- Antolínez Agustín, *Historia de santa Clara de Montefalco*, Salamanca, 1613.
- Berengario di Donadio, *Vita di Chiara da Montefalco*, Ed. Città nuova, Roma, 1991, segunda edición en 1997.
- Casagrande Gianfranco, *Con la croce nel cuore*, Ed. Shalom, 2007.
- Da Montefalco Agostino, *La vita della beata Chiara da Montefalco del Ordine di santo Agostino*, Foligno, 1564.
- De Portillo y Aguilar Sebastián, *Vida de santa Clara de Montefalco*, en Crónica espiritual agustiniana, III, Madrid, 1733, pp. 289-308.
- Gemma de la Trinidad, *Clara de Montefalco*, Ed. Revista Agustiniana, 2008.
- Menestò Enrico; *Il processo di canonizzazione di Chiara da Montefalco, Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo*, Spoleto, 1991. De este libro hemos citado los testigos de acuerdo al número de presentación de su informe en el proceso de investigación sobre su vida.
- Nessi Silvestro, *Le colline della speranza*, Ed. Edmond, Città di Castello, 1999.
- Nessi Silvestro, *Santa Chiara della croce da Montefalco*, Trevi, 1968.
- Pièrgili Battista: *Vita della beata Chiara della Croce da Montefalco*, 1ra. edición, 1640; segunda edición, Foligno, 1663. Habla de 64 autores que habían escrito la vida de santa Clara.
- Sala Rosario, *Santa Chiara della Croce, la mistica agostiniana di Montefalco*, Roma, 1977.
- Sala Rosario, *Santa Chiara della Croce*, Spoleto, 2000.
- Semenza, *Vita sanctae Clarae de Cruce, Ordinis eremitarum Sancti Augustini*, ex códice montefalconensi, saeculo XIV desumpta, Città del Vaticano, 1944.
- Spoletto arch curia arciv. *Processi, Processo fatto da Mons. Clemente Gera su alcuni fatti prodigiosi avvenuti presso l'urna della beata Chiara il 24 novembre 1606*, ff. 26.
- Varios, *La spiritualità da santa Chara da Montefalco*, Atti del I Convegno di studio, Montefalco 8-10 agosto, 1985, Montefalco, 1986.
- Varios, *Santa Chiara da Montefalco, dove ci porta il cuore*, Ed. Ritter, 1995.
- Varios, *Santa Chiara da Montefalco e il suo ambiente*, Ed. Associazione dei quartieri di Montefalco, Montefalco, 1983.
- Tardy Lorenzo, *Vita di santa Chiara da Montefalco*, Roma, 1881.
- Tardy Lorenzo, *Vida de santa Clara de la Cruz de Montefalco*, Lima, 1945.

Pueden leer todos los libros del autor en

www.libroscatolicos.org